



# Contenido

## 7

### EN ESTE NUMERO

W L.....	Actualidad de Thoreau
Marta LA NAUDIE .....	Poema I I
Mario A. SILVA GARCIA...	Pensamiento y Proceso
H PEDUZZI ESCUDER.....	El Arte y las culturas históricas
Arthur KOESTLER .....	El cero y el infinito (Fragmento)
Henri HELL.....	
Roland P. CARLLOIS .....	Jean Paul Sartre y la Libertad
F. FATONE.....	
José PEREIRA RODRIGUEZ.....	Exposición de motivos y panencia presentada en el Seminario de Educa- ción de Caracas
Percy SHFLLEY .....	Poesía y música
Luis A. CAPUTI .....	Soneto del Bautista
Johan HUIZINGA .....	Crisis del pensamiento popular
Jean FERRY .....	La Isla de Pascuas (Cuento)
H. HESSE .....	El Fin (continuación)
Página del estudiante	

ENERO 1949

e 50 49.

Refrigerios holandeses recién recibidos de la afamada marca **PHILIPS**

Elija el modelo de su preferencia

Adquiera el último modelo de heladera familiar

**FERROSMAILT**

le ofrece este equipo norteamericano al más bajo precio.

Entrega inmediata

**Cazalás Hnos. & O'guin**

Rodó 730      Teléfono 868  
Mercedes

**Caja Popular de Mercedes**

Una Institución al servicio y la industria del Departamento.

toda clase de operaciones bancarias

Utilice su amplia red de giros y traspasos de fondos

**COLÓN 214      MERCEDES**

**Banco Comercial**

**SUCURSAL MERCEDES**

**Colón, 220**

# PROFESIONALES

Dr. RAUL GONZALEZ

Odonólogo—Rayos X

Roosevelt 671 Mercedes

---

Dr. JUAN B. CIMA

Cirujía Ginecología

E. Giménez 695

---

Dr. ROGELIO SOSA

Médico Cirujano

Colón casi Detomasi

---

VICTOR ALBERT

Escribano

Trámites de Sucesiones, ventas  
y asuntos judiciales

Estudio: Ferrería 725 TL 759

---

Dr. JUAN CARLOS RUSSO

Cirujano Dentista

Consultas: Lunes, miércoles y  
viernes

Giménez casi Ituzaingó

---

Dr. CARLOS M. GARMENDIA

Artigas 385

Dr. A. MENDEZ MODERNELL

Dentista

Ituzaingó 335 Mercedes

---

FERNANDO VISETTI

Agrimensor

Colón 122 TL 71 Mercedes

---

MARIO BELLINI

Agrimensor

Colón 188 Teléfono 650

---

JUAN C. VOLONTERIO

Profesor de Piano

Colón 183

---

**Pedro C. Besozzi**

Escribano

Colón 286 Mercedes

---

**Luis R. Invernizzi**

Escribano

Roosevelt 672 Mercedes

# PROFESIONALES

Dr. Mario Prunell

Cirujano Dentista

Consultas mañana y tarde

F. Giménez 621 Tel. 428 Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

MEDICO

Consultas: de 8.30 a 9.30 y de 15 a 17

Florida 811 Mercedes

Ruben O. Borges

Médico Cirujano

Sarandí 179 Tel. 147

Dr. Zcilo Chelle

Medicina-Cirujía (Ayos X

Laboratorio, Consultorio: Roosevelt 783

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. Alfredo Alambarri

Niños

Consultas de 15 a 17 horas

D. Gaspa Bianchi

Abogado

Rodó 670 Mercedes

D. César Gugliari

Médico Cirujano

Castagrande 653 Tel. 1032

Consultas de 9 a 11 y de 15 a 18 hs.

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. MELA

Florida 848 Tel. 481 Mercedes

Dr. Juan Carlos Viera

Abogado

Trasladó su estudio a calle 18 de Julio 225

Teléfono 432

Dr. Ernesto Copello Iglesias

ABOGADO

Rodó y 18 de Julio

Walter G. Schopfer

Escribano

Escritorio 18 de Julio y Rodó Tl. 438

Dom. Ituzaingó 463 Tl. 451

Miguel A. Olivera Ubios

ESCRIBANO

Estudio Ituzaingó 912 Tel. 1057

Eduardo Ramos

ESCRIBANO

Estudio Colón 326 Tl. 473 Mercedes

Dr. Luis M. Soumastre

ABOGADO

Estudio: 18 de Julio 242  
Particular: 18 de Julio 244

Teléfono 103 Mercedes



18 DE JULIO 535

MERCEDES - URUGUAY

**Fundadores:**

H. Peduzzi Escuder, M. L. de Klingler,  
W. Lockhart

**Directores y Redactores Responsables**

Marta Larasudie de Klingler, Washing-  
ton Lockhart

**Comité de Redacción**

Dorlia Citra Faroppa, Angela Bocca  
Saldaña, Alfonso Klingler y Osvaldo Ro-  
driguez Aydo.

## Actualidad de Thoreau

**S**OLEMOS reencontrar en voces casi olvidadas —y ésta es ya centena-  
ria— un sentido primigenio de las cosas que la complicación del mun-  
do actual, sin que apenas lo advirtiéramos, había corrompido y desvaneci-  
do. Lo "natural", esa palabra que tantos empleos nebulosos nos habían  
desbaratado, recobra en esos casos —y pensamos ahora en Thoreau— ese  
significado primario que presentimos oscuramente en la fundación concre-  
ta de todo acontecer. Y es que Thoreau, aunque conferencista y escritor —  
tal vez y en gran medida a causa de ello mismo —vive en ese plano am-  
biguo en que la inmersión casi carnal en el acontecimiento natural lucha  
con el deseo de lograrla. En medio de sus poderosos y serenos arreba-  
tos con los que penetra en la realidad circundante y en sus velados códi-  
gos, conserva, como necesario asidero para su dinamismo creador, un re-  
cuerdo persistente, que lo excita y obliga, del hombre cautivo en la organi-  
zación ciudadana. Su vigencia, para nosotros, nace precisamente del he-  
cho de que compartiendo a ese respecto nuestros padecimientos, es, inte-  
gramente, un ciudadano, incluso con un odio incurable al ciudadano —¿có-  
mo sentirlo de no serlo?—: agradecemos a ese odio empero, aunque con-  
denemos su obsesiva persistencia, el afinamiento que procurara a su vi-  
sión y a su sensibilidad; nunca un deseo obtuvo, aun mal nacido, más cum-  
plido logro. Podemos dudar de la insistida ejemplaridad de su liberación  
(son demasiado visibles las cadenas que aún arrastra —junto con las de  
agrimensor— de aspiraciones sociales; son por eso mismo demasiado fútiles  
las decepciones que va sufriendo). Su lectura, sin embargo, contiene para  
el hombre moderno una encantada, una inagotable incitación.

**D**EBEMOS, en efecto, reconocer, pese a las objeciones aquí insinuadas,  
que Thoreau ha llegado a pulsar milagrosamente sus propios límites; sabia

Como nadie que para reencontrarse es necesario previamente perderse. Reconoce en él "como una parte de sí mismo que no comparte la experiencia, sino que toma nota de ella y que no es más yo que tú". "La tierra está llena de ley", sólo el hombre se ha inhabilitado parcialmente; pero "¿por qué ha de perder su ánimo el hombre?". "Necesitamos presenciar la transgresión de nuestros propios límites y cierta vida que apacienta libremente donde nunca andamos nosotros". El hombre ha de volver a su morada consubstancial; ha de olvidar sus leyes mezquinas y reintegrarse a ordenaciones más vastas; somos la primera virtud pero no nos recogemos y aprehendemos sino en la concertación universal, a través de un amor que nos traspasa. "El hombre solamente puede expresar su relación con la verdad, pero no puede explicarse la verdad", relación que nos abarca enteros, hueso y hollín; el pensamiento apenas roza esos inauditos tesoros; la razón ignora la candente emanación de las cosas; su visión artificial elude la consistencia de lo concreto; "¿cómo podéis caminar por la tierra si veis a través de ella?". La verdad no es un informe a una Sociedad de Ciencias. El naturalista es casi siempre el mercader natural de los hombres; su ciencia es una enorme omisión; sus propósitos, una sumisión inadvertida. Lo importante del conocimiento es en todos los casos, el acto de aprehender y no lo que se aprehende; la irrepetible promoción que lo singulariza (acaso sea por eso que el sentido predilecto de Thoreau es el olfato, el más íntimo e insobornable, el que se enega más en la sustancia propia de las cosas).

Su entereza moral es admirable; su prescindencia sentimental de las cosas; su desapego, su conciencia de la futilidad de todo arrepentimiento. Todo lo que existe es bueno. La moralidad sacerdotal es política pura. ¿Qué es ese galimatías de hacerme a mí lo que te haga a ti o viceversa?: todo un tucuc negocio. Hacer el bien es ser lo que somos, deshaciéndonos de la tiranía de las opiniones adhesivas, no tanto de la reacción externa (tan evitable), sino de nuestros íntimos respetos, por los que nos repetimos y encadenamos, bordeando nuestras más verídicas necesidades. "Cada vez que enseñamos a nuestra virtud una nueva nobleza, enseñamos a nuestro vicio una nueva astucia". Podría firmarlo La Rochefoucauld. Para su afán de un yo tensamente vivo, los máximos enemigos eran el fanatismo y la mojigatería puritanas, las valorizaciones y construcciones sociales y políticas. "Ocasionalmente nos elevamos por encima de la necesidad de la virtud, hasta una luz natural invariable, en la cual no tenemos que elegir entre el bien y el mal, sino simplemente vivir bien y respirar el aire que nos rodea". Es casi la voz de Nietzsche: que cada uno dance al compás de su música, aspirando hondamente, no como condicidos que necesitan, para recibir una conciencia positiva, los oficios de intermediarios ungidos al efecto; el amor alcanza sabidurías y alegrías que no conoce quien permanece sometido a autoridades efímeras y deleznable. Pero ¡cuán pocos son los que

cun en el seno de la democracia, alimentan con su actividad tácitamente superficial, las opiniones circulantes! Ante los enfrentamientos artificiales a que conducen la mutilación y segregación del yo, producto de una subdivisión creciente del trabajo; ante la consiguiente deformación y degradación de la experiencia posible, se exalta en Thoreau una cercanía del sentir en la que se conjugan directamente nuestras capacidades originales con las vicisitudes más apremiantes; un vivir inmediato en el que se realzan esos contactos, como revelación inmediata de sus necesidades más legítimamente reales, sin delegarlas oscuramente en anónimos cooperadores.

—“¿Qué es la religión? Aquello de lo que nunca se ha hablado”.

Lo demás, rutina y esquema; renuncia y sometimiento. La caridad: un reparto de sobras. Añoramos una cooperación más ágrá que la que suele establecerse entre sobreentendidos inferiorizantes. No creamos mucho en las excitadas oposiciones que a veces los disimulan; esas aparentes discrepancias afectan solamente el uso circunstancial de las normas presupuestas, son variaciones en las que se matiza una complicidad incommovible.

**S**OBRE ese mundo que aspira y penetra tan hondamente, Thoreau exige la realidad más alta de un fluir ideal que lo trasciende; mientras las cosas ruedan vanamente, la vida desarrolla su invicta potencia en nuestro pensamiento. Vivir y morir no son sino evidencias de esa vida más plena. Morir es un momento del vivir.

**D**E lo más alto del pino rojo, trajo un día Thoreau a sus sembrados coterráneos la flor que abriéndose fuera del alcance de sus limitadas expansiones, nadie había visto nunca; pero aún soñaba con alcanzar la Edelweiss (Noble Pureza), que florece en los alios peñascos tiroleses, donde como es sabido, todos mueren al lograrla.

W. L.

NOTICIA BIOGRAFICA. — Henry David Thoreau (1817-1862) nació en Concord, Massachusetts, donde, salvo breves ausencias, residió toda su vida. Se graduó en Harvard, ejerció el magisterio, dictó conferencias y en 1845 se retiró a una solitaria cabaña de Walden Pond que él mismo construyera, entregándose a sus experimentos con árboles, animales y peces, y donde escribió los 39 volúmenes de su Diario íntimo. Emerson, su gran amigo, a cuyo lado yacen sus restos, dijo de Thoreau:

“Vivió solo; no se casó nunca; no fué jamás a la iglesia; nunca votó; se negó a pagar impuestos al Estado; no comió nunca carne, ni bebió vino, ni fumó; y aunque fué naturalista, jamás se sirvió de una trampa o de un fusil”.

# P O E M A   I I

Perla en el fondo de las aguas escondida  
de luz mortecina,  
alucinas.

Hailarte a cada instante,  
tener miedo, y el gesto estremecido,  
y no hacer hacia tí, opalina,  
el movimiento lento de la mano...

Perla inmóvil, aguas desvanecidas  
han dejado tu esfera humedecida  
como una claridad desconcertante...

¿Eres tú el amor adormecido,  
de la Bella Durmiente y esperas  
una pálida mano enjoyada?

¿Eres la Soledad del universo  
o quizás la Palabra nunca oída?

Dulcísima perla de luz opalina,  
¿eres acaso, entre las sombras escondida,  
como la luna rítmica de mis marcas  
y la meta callada de mis velas?

Perla en medio de mi soñar nacía,  
de luz mortecina,  
me alucinas.

Y tu palidez es un sueño  
un sueño lento y secular  
dormido  
dormido eternamente.

MARTA LARNAUDIE.



# Pensamiento y Proceso

No se puede descender dos veces en el mismo río, ni tocar dos veces una sustancia precedera en el mismo estado, porque se dispersa y se integra de nuevo, se aproxima y se aleja por la prontitud y la rapidez de sus cambios. (Heráclito de Efeso; Frag. 87).

Comme la connaissance usuelle, la science ne retient des choses que l'aspect répétition. Si le tout est original, elle s'arrange pour l'analyser en éléments ou en aspects qui soient à peu près la reproduction du passé. Elle ne peut opérer que sur ce qui est censé se répéter, c'est-à-dire sur ce qui est soustrait, par hypothèse, à l'action de la durée. Ce qu'il y a d'irréductible et d'irréversible dans les moments successifs d'une histoire lui échappe. Il faut, pour se représenter cette irréductibilité et cette irréversibilité, rompre avec des habitudes scientifiques qui répondent aux exigences fondamentales de la pensée, faire violence à l'esprit, remonter la pente naturelle de l'intelligence. Mais la est précisément le rôle de la philosophie. (H. Bergson, *L'Evolution Créatrice*, pág. 31).

Dentro del pensamiento contemporáneo encontramos numerosas tendencias en las cuales se pone de relieve la creciente significación que la noción de proceso ha ido adquiriendo.

La oposición clásica entre el ser y el devenir, entre la sustancia y el cambio parece desvanecerse y ha llegado el momento de preguntarse si no estaríamos frente a uno de esos tantos falsos problemas que el progreso del pensamiento filosófico ha hecho desvanecer.

La filosofía tradicional cuando solucionaba esas incógnitas no hacía sino seguir la tendencia del sentido común: "para que haya devenir, es necesario que alguna cosa exista, y si cambia después se cambia en otra cosa. Una semilla deviene una planta, un niño deviene un hombre, un líquido deviene un gas. El devenir es una relación entre dos seres. El Ser es la concepción fundamental". (C. A. Strong, *L'Être et le devenir*, en *Recherches Philosophiques*, 1933-32, pág. 34).

La noción de ser es tomada así como la de algo estático y el devenir no es en el fondo sino el proceso entre dos inmovilidades. Si efectivamente el ser y el devenir, la sustancia y el cambio son cosas distintas, es evidente que no podrá existir otra noción del devenir que la que acabamos de indicar. Frente a un cambio demasiado brusco la inteligencia tratará de encontrar una serie de posiciones intermedias que, por variaciones insensibles, infinitesimales, irán disminuyendo la transformación hasta casi eliminarla. Claro que no podremos percibir esas posiciones intermedias, pero las concebimos como si las viéramos. Trasladamos corrientemente al mundo microfísico, nuestras observaciones del mundo macrofísico.

Para esta actitud la alteridad, la creación, la novedad, se presentan como nociones frente a las cuales la inteligencia se muestra reacia, y des-

aparecen absorbidas por el esfuerzo explicativo.

La inteligencia postula la identidad y no admite la transformación irreversible y auténtica. Esta afirmación, hasta hace poco tiempo podía considerarse como verdadera: "todos los esfuerzos desde Heraclito a Hegel y a Herbert Spencer, que tendían a llevar al espíritu a admitir que lo diverso no puede nacer de lo uniforme, han sido vanos, y el trabajo explicativo de la razón humana consiste esencialmente, en la hora actual todavía, como ha acontecido en todo tiempo, en buscar artificios que permitan hacer entrar por una coacción más o menos disimulada, lo diverso en el mundo de lo uniforme, o según los términos de que se sirve Platón, hablando del demiurgo, lo Otro en el seno de lo Mismo" (E. Meyerson, *Essais*, pág. 6; ed. Vrin, París, 1936).

Trataremos de mostrar como, a pesar de las brillantes demostraciones de Meyerson, se ha insinuado en el seno de la razón, una demudación, una alteración; sea por su poder propio, sea por la fecundación con poderes ajenos a ella, pero que, de cualquier manera, han hecho que no quedara aferrada a la identidad tautológica y a la eternidad inmóvil, viéndose así obligada a admitir la realidad del cambio y a abandonar el esquema secular y simplista que oponía el ser al devenir.

Indicaremos cómo en la ciencia contemporánea, los descubrimientos recientes han conducido a una nueva idea de la verificación, que la ciencia y la filosofía clásica no sospechó. Tanto la idea de lo racional, como la de lo irracional han experimentado variaciones y se han transformado en nociones muy difíciles de precisar. No creemos que eso signifique una disminución de valor del pensamiento de nuestro tiempo, sino que por el contrario, haberse libertado de ciertos prejuicios acerca de la claridad y de la simplicidad indica un serio progreso. Afirmaciones como las siguientes nos parecen muy peligrosas:

"No formular ninguna definición precisa de lo racional, contentarse a este respecto con enunciados vagos, dejando creer que las exigencias de la razón varían según las circunstancias, es calumniarlas, porque esto vuelve a negarle la supremacía que le pertenece". (E. Meyerson, *id.* pág. 11).

○ esta otra:

"La teoría debe hacer inteligible lo que es en sí inteligible. Ella debe reducir a su más simple expresión el dominio de lo incomprensible; no considerar como tal sino lo que no hay verdaderamente medio de considerar de otra manera. Sin duda el aspecto metafísico de un problema no puede suprimirse; pero prácticamente esto obliga a determinar exactamente ese residuo irreductible, ese mínimum de metafísica al cual es imposible escapar; es la X eterna con la cual es preciso contar como con una magnitud conocida. Aún en las ciencias físicas y naturales la hipótesis no procede de otra manera. Verificarlo puede solamente consistir en delimitar exactamente el dominio de lo inteligible que indiscutiblemente se nos habrá aparecido encerrado en el fenómeno dado. Todo el arte de tratar los problemas de una manera crítica consiste en encontrar la fórmula necesaria para expresar ese residuo irreductible". (N. Hartmann, *Principes d'une Méthaphysique de la Connaissance*, Tomo I, pág. 187, Aubier, 1944; el subrayado es nuestro).

Aquí Hartmann no advierte que el carácter peligroso de lo irracional o, para expresarlo con sus mismos términos, de lo aporético, consiste precisamente en que no se deja reducir a fórmulas y que se presenta con

una tendencia invasora. Meyerson ya había advertido que lo irracional se resentaba inopinadamente, pero cabría agregar que, a veces no lo advertimos y no podemos nunca decir cuáles serán los irracionales, ni tampoco advertir su presencia subrepticia en lo que juzgamos claro y racional, porque existen formas larvarias que son las más difíciles de reducir.

Lo que ocurre, a nuestro modo de ver, es que la noción de un irracional absoluto quién sabe si tiene sentido: "¿No es completamente evidente que lo irracional es un término esencialmente relativo, una determinación segunda, contrapartida de una definición previa y prejudicial de la razón? Y toda definición de facultad que se haga a priori es necesariamente nominal; ella no sirve sino para marcar el límite de un cerebro que dogmatiza". (L. Brunschvicg, *Les Ages de l. Intelligence*, pág. 54, ed. Alcan, Paris, 1937).

La concepción basada en la inmutabilidad de la razón humana tenderá también a considerar un irracional estático, que aparecerá como su contrapartida; pero si admitimos, como nos parece que los hechos lo imponen, una concepción dinámica, también implicará una demudación de lo irracional. Así, como vimos antes, no podemos dar una fórmula de lo irracional, ni especificar su contenido, puesto que la posición de lo irracional es una posición relativa y no absoluta y depende del momento de la inteligencia, de su etapa, de su período. Tampoco podemos afirmar su eliminación futura, porque si admitimos que la razón evoluciona y varía, lo hace precisamente porque necesita explicar y buscar dentro de sí un principio de renovación actuando lo inexplicado como excitante del progreso.

La historia de la filosofía muestra el fracaso de las teorías que han preconizado una evolución concluida. Así ocurre por ejemplo en el caso de Comte o de Hegel. "Comte contradice el principio del progreso que el siglo XVIII había afirmado, por la ley de los Tres Estados, rompe el impulso de espiritualidad que está en la fuente de la civilización moderna. En las antípodas del positivismo de razón, que le da conciencia al hombre de no afirmar nada como verdadero que no esté en condiciones de verificar objetivamente y que Littré recoge en la herencia de Comte como el legado de Fontenelle y de Turgot, está el positivismo de Iglesia, fundado enteramente sobre el sentimiento de confianza que un hombre experimenta (y hace compartir) en el valor único de su pensamiento y donde él extrae la ilusión de poder crear el método y dictar por adelantado los resultados de disciplinas que todavía no se han constituido en estado de ciencia. La necesidad psicológica que hace que el llamado profeta no pueda tomar su configuración del porvenir más que de las sombras del pasado, condena a Comte a recorrer, pero en sentido inverso, en marcha atrás todas las edades de la historia, hasta que, de paradoja en paradoja, de prejuicio en prejuicio, rescucita el estado teológico bajo la forma más grosera del fetichismo". (L. Brunschvicg, op. cit. pág. 7).

Acaso la distinción sea más compleja como se vió en el Curso sobre A. Comte y el Positivismo; acaso quepa distinguir un positivismo basado en la idea de positividad; un positivismo de sistema un positivismo de propaganda, pero lo que interesa señalar aquí es que, el único valioso es el positivismo de razón o sea el positivismo basado en la idea de positividad, porque realmente es el único fecundo, y los otros echaron a perder lo mejor del pensamiento de Comte. Ese positivismo es el único abierto, ya que el positivismo de sistema implica serios prejuicios. Por un lado, y así lle-

gamos a lo que nos interesa, conduce al prejuicio de lo *inteligible*, que presenta como antítesis el prejuicio de lo *ininteligible*. Entendemos aquí con dichos términos la creencia en la existencia de una zona de la realidad definitivamente explicada o explicable; en el fondo se trata de una *cuestión cerrada*, para evocar la crítica de Stuart Mill; y paralelamente, la creencia en una zona de la realidad inexplicable; o sea también una *cuestión cerrada*. El aspecto dogmático se advierte en el pasaje ilegítimo de inexplicado a explicable y de inexplicado a inexplicable. Lo que denominamos prejuicio, es la idea previa por medio de la cual se cree posible determinar cuáles serán las cuestiones que podremos resolver y cuáles no: desde ese punto de vista se hace traición a todo positivismo de razón o sea basado en la idea de positividad, puesto que nos adelantamos a los hechos, a la experiencia. La noción de hecho, la noción de experiencia no se pueden fijar *sub specie aeternitatis* ya que la filosofía y la epistemología han demostrado que son nociones cambiantes.

Pero no es solamente una modificación experimentada frente a lo irracional; además se ha indicado que posee una estructura compleja; que el término mismo de *irracional* es algo vago y que acaso convendría designarse de una manera menos comprometida, porque al hacerlo a la manera tradicional se está identificando desconocido con irracional, y admitiéndose así que la razón es la única vía de conocimiento. Se establece una identificación entre razón y pensamiento, sin que previamente se hayan caracterizado los términos. La movilidad y la transformación que hemos indicado como signos de su evolución quizás sean signos de su fundamentación por esos otros aspectos desatendidos. Así llegamos a la siguiente conclusión: no podemos admitir por ahora la unificación total del pensamiento; eso acaso sea una tendencia, pero por ahora no podemos decir que sea una realidad. Se advierte, eso sí, un intento, un movimiento hacia un acercamiento entre razón y sensibilidad, entre razón y sentimiento, entre razón e imaginación.

Paralelamente tampoco podemos admitir una unificación completa de la realidad; el pluralismo nos parece una conclusión inevitable.

Entendámonos. No queremos caer en un paralogismo. Lo que sugerimos es que el universo es múltiple en consideración con nuestros puntos de vista.

Lo irracional, lo desconocido, lo extraño, tendrán un doble carácter relativo. En primer término, relativo por su desplazamiento constante, por su movilidad, y en segundo término porque existirá en tanto se establezca la incorrespondencia de zonas de la realidad con aspectos del pensamiento.

Entre la razón y lo inmutable se ha constituido un acercamiento, un connubio ya tradicional y entre la razón y la movilidad un divorcio también tradicional. Entendemos que esas oposiciones y esas concordancias podrían desaparecer y otras aparecer en cuanto los planos se alteraran. Consideramos que son únicamente perspectivas parciales y que es una tarea importante de la filosofía juzgar en el grado en que sea posible esas perspectivas, como se está realizando en la actualidad.

La ignorancia de otros puntos de vista también relativos implica darle a la posición tomada un carácter abstracto, partir de una abstracción inicial que viciará todo el desarrollo. Así nuestro punto de vista frente al problema será el siguiente:

Establecer una incompreensión entre pensamiento y proceso nos pare-

ce inexacto. Obsérvese que hemos empleado el término pensamiento y no razón, para no sugerir más de lo que queremos indicar, pero incluso trataremos de probar que la razón es algo más que la mera razón de los principios lógicos encerrada eternamente en la vana esterilidad de su tautología.

De esto se deducirán ciertas consecuencias. En primer término en torno a la noción de problema. La resolución del problema supone la flexibilidad, la plasticidad de la realidad frente al modo operatorio de nuestra razón; pero otras veces aquella se manifiesta con un carácter obsinado y no se rinde fácilmente al asedio racional. La tendencia generalizadora puede hacernos olvidar que acaso esas dificultades sean definitivas y pretendamos resolverlas en una tentativa de explicación global. Encuentramos en eso un aspecto de la influencia inmensa de lo psicológico sobre la gnoseológico. "Por el análisis del trabajo espontáneo del pensamiento, nuestra atención es atraída hacia la relación entre la experiencia y la interpretación que, en el razonamiento científico, desempeña un papel decisivo. Es necesario que las formas de acuerdo a las cuales la actividad espontánea del pensamiento elabora las experiencias sean agudizadas, ampliadas o limitadas, para que la ciencia alcance el fin que se propone, adquirir pensamientos que puedan subsistir a pesar de la experiencia cambiante". (H. Höffding. *La Relativité Philosophique*, pág. 24, ed. Alcan, Paris, 1924).

Igualmente Poincaré en su polémica con Russell entendía que no podía existir una lógica y una epistemología independientes de la psicología, y el mismo reproche se lo hacían a los cartorianos. (V. Poincaré, *Dernières Pensées*, Cap. IV y V, ed. Flammarion, Paris 1920).

Nos parece indispensable reconocer esta fundamentación de la lógica en la psicología, porque no creemos en la existencia de un pensamiento lógico puro, tal como parece sostenerlo la escuela del idealismo lógico a partir de Bolzano. Esta actitud nos parece la única capaz de evitar los agmatismos señalados que conducen a antinomias irreductibles y a dilemas irresolubles. En otros términos, queremos evitar esta conclusión: que el suicidio de la lógica signifique el suicidio del pensamiento, y para eso tenemos que evitar esta otra conclusión: que la lógica de la identidad sea la única.

Adoptar este criterio no significa de ninguna manera disminuir el valor de la lógica, sino por el contrario engrandecerla. La afirmación kantiana se invierte entonces; es engrandecer una ciencia, en este caso la lógica, el confundir sus límites, porque precisamente como lo enseña un gran lógico (Bradley), no sabemos donde comienza la lógica y donde termina. No se tratará de confundir límites sino de denunciar límites ficticios.

"Ella, (la lógica) ha caído en un escepticismo importante que permanecerá irremediable, mientras que no pueda o no quiera emanciparse de los prejuicios intelectualistas que hacen al verdadero conocimiento "irracional" por inherencia. Ella ha sido prácticamente obligada a abandonar la tentativa de explicar el conocimiento y reducida a representar los procedimientos con la ayuda de los cuales el conocimiento se enriquece de facto como si no tuviera ningún fundamento lógico. La afirmación se ha hecho para ella un enigma, la deducción una paradoja, la prueba una imposibilidad, el descubrimiento un milagro, el cambio una contradicción, la sucesión en el tiempo incompatible con la ciencia (aún cuando la tenemos en cuenta a cada instante en la previsión del porvenir), la sensación algo

sin sentido, el pensamiento "extralógico" y así se sigue. Después de haber dirigido esta preciosa "crítica" a nuestros procedimientos ordinarios de conocimiento, se ha retirado en un mundo "ideal" de su propia invención, fuera del tiempo y fuera del espacio, fuera de la visión (y casi fuera del espíritu) donde emplea sus dilatados ocios en estudiar "tipos" que no han vivido jamás sobre la tierra ni sobre el mar, a construir *hortus siccus* de "formas", compilar "sistemas" incoherentes y a imaginar "ideales" irrealizables de "pensamiento", de los cuales cada uno presenta casi las mismas relaciones con el verdadero conocimiento y la verdad humana que con el habitante de la luna. (S. Schiller, *Etudes sur l'Humanisme*, pág. 33-4; ed. Alcan).

De esa manera el lógico construye una fortaleza inexpugnable, porque lo único que le interesa es el aspecto ideal del pensamiento, su coherencia que cree encontrar; no habrá manera de sacarlo de allí y obligarlo a combatir en el terreno de los hechos. No lo hará porque ha establecido una distinción radical entre hecho y esencia, considerando a ésta como un "objeto" de un nuevo tipo. Igual que el dato de la intuición empírica o individual es un objeto individual, así el dato de la intuición eidética es una pura esencia". (E. Husserl, *Ideas; General Introduction to Pure Phenomenology*, Cap. I, Parag. 3, ed. Alcan, Londres 1931). Y más adelante agrega: "Pueden encontrarse ejemplos del Eidos, de la pura esencia, intuitivamente en los datos de la experiencia, datos de la percepción, de la memoria y etc. pero también con la misma facilidad en los simples datos de la fantasía (*Fantasie*). Por lo tanto con el propósito de aprehender la esencia en sí misma en su forma *primordial* podemos apoyarnos en las correspondientes intuiciones empíricas, pero también podemos igualmente apoyarnos en intuiciones no-empíricas, intuiciones que no aprehenden la existencia sensorial, intuiciones más bien de "un mere orden imaginativo". (E. Husserl, *id.* párg. 4).

Esa distinción es la consecuencia de la teoría sobre la abstracción tal como la encontramos en las *Investigaciones Lógicas*, (V. esp. Investigación II). Dicha teoría es fundamental a los efectos de constituir una lógica pura, de manera que no es de extrañarse que Husserl le dedique tanto espacio y tanta importancia.

"Para una fundamentación filosófica de la lógica pura, la cuestión de la abstracción se plantea por dos razones: una, porque entre las distinciones categoriales de las significaciones — que ha de tener esencialmente en cuenta la lógica pura — se halla la distinción que corresponde a la oposición entre objetos individuales y objetos universales; y otra, muy especialmente, porque las significaciones en general — las significaciones en el sentido de unidades específicas — constituye el patrimonio de la lógica pura y por lo tanto, todo desconocimiento de la esencia de la especie ha de alcanzar a la propia esencia de las significaciones. Será pues conveniente atacar ya en la serie inicial de las investigaciones el problema de la abstracción y defendiendo la legitimidad de los objetos específicos (o ideales) junto a los individuales (o reales), atender el fundamento principal para la lógica pura y la teoría pura del conocimiento. En este punto es en el que el psicologismo relativista y empirista se distingue del idealismo, que representa la única posibilidad de una teoría del conocimiento congruente consigo misma.

Naturalmente, la expresión idealismo no es refiere aquí a ninguna doc-

trina metafísica, sino a aquella forma de epistemología que reconoce, en general, lo ideal como condición de la posibilidad del conocimiento objetivo y no lo elimina deshaciéndolo en consideraciones silogísticas". (E. Husserl, *Investigaciones Lógicas*, Tomo II, pág. 114, ed. Rev. de Occidente, Madrid, 1929).

Distinciones semejantes se encuentran en la obra de Bradley y Bosanquet, y lamentamos que el desconocimiento de la obra de estos grandes lógicos, haya creado en nuestro medio, la ilusión de que el idealismo lógico es patrimonio exclusivo de Husserl y su escuela.

Aunque Husserl quiere evitar las consecuencias de su idealismo, evitar la hipóstasis metafísica, a los efectos de nuestro tema, las consecuencias de su doctrina son las mismas que si recurriera a las Ideas de Platón, porque en un caso como en el otro se tratará de conceptos que, como trataremos de mostrar, expresan el proceso de una manera discontinua, reduciéndolo a una serie de inmovilidades con lo cual desconocen su propia esencia. El concepto que es algo intemporal, para esta posición, y estático, no puede dar cuenta del proceso, que es algo cambiante y temporal.

La conclusión será pues, la siguiente: la lógica puramente conceptual, la lógica que estudia la pura significación de las ideas, (Bosanquet) y que las aísla de la continuidad psíquica no puede comprender el proceso, porque parte de una abstracción inicial. Y en un plano más hondo porque olvida la posibilidad de que existan aspectos de la realidad frente a los cuales la lógica no tiene relación. Y cuando se olvida eso, se cae en la abstracción.

"La abstracción es el universo en perspectiva; la ciencia que resulta de ella es el esquema de las leyes físicas que expresa, con sus presuposiciones no explícitas, los tipos de perspectivas observadas en el ser humano medio.

La importancia es una noción genérica, oscurecida por la prominencia abrumadora de algunas de sus innumerables especies. Los términos "moralidad", "lógica", "arte", "religión", han pretendido agotar, y cada cual por sí, la significación total de la importancia. Cada uno de ellos denota una especie subordinada. Pero el género se extiende más allá de todo grupo finito de especies. Hay perspectivas del universo con las cuales la moralidad o la lógica, o la religión, o el arte, no tienen relación. Mediante esta falsa limitación, la actividad expresiva del último designio infuso en el proceso de la naturaleza ha sido reducido a la trivial tutela de las costumbres o de las normas del pensamiento, el sentimiento místico, o del goce estético. Ninguna de estas especies agota la unidad final del designio del mundo. El fin genérico del proceso es la adquisición de importancia dentro de estas especies y en toda la extensión de que esta noción es capaz". (A. N. Whitehead, *Modes of Thought*, pág. 16, ed. Mac Millan, N. Y., 1933; el subrayado es nuestro).

Así Whitehead, consideraba como signos del pensamiento filosófico de nuestro tiempo, el interés apasionado y vehemente en la investigación de la relación entre los principios generales y los hechos irreductibles y obstinados; la incoherencia resultaría de la predominancia de los citos, pero hay que atreverse a reconocer que Coherencia e Incoherencia no son signos propios de la realidad, sino modos de nuestro pensamiento; es necesario atreverse a afirmar que pueden existir aspectos de lo real en donde no tiene sentido hablar de coherencia; hechos que desafían todo intento de

ordenación y que se imponen por su simple presencia, obligándonos a adoptar un pronunciamiento entre ellos y la lógica. "Una generalización demasiado vasta no lleva más que a la esterilidad. Es la generalización vasta, pero limitada por una particularización feliz, lo que es una concepción fecunda". (A. N. Whitehead, *Science and the modern world*, pág. 46, ed. Mac Millan, N. Y. 1946).

(Continuará).

## El Arte y las Culturas Históricas

H. PEDUZZI ESCUDER

En la clase anterior intentamos sugerir cómo la obra artística, apartándose de una manera peculiar del destino —ser efímeras— de las corrientes espirituales de cada época, se constituía en una especie de núcleo independiente o de instancia no alterada ni alterable, ajena a la destrucción aunque poseyendo la virtud, por así decirlo, de acercarse sin más a la intimidad del hombre de cualquier cultura y de provocar en él el nacimiento de frescas impresiones de belleza.

La crítica, salvo muy raras excepciones, debido a una posición previa, ha dejado en los hechos de lado estas cuestiones, primordiales a la interpretación del arte.

No obstante lo ya dicho, la obra artística se presenta siempre como integrando un movimiento, cuando se la contempla y sitúa en su nexo histórico. Basta, para localizar intuitivamente el fenómeno, con lanzar una mirada retrospectiva hacia las diversas formas artísticas que han tenido curso en un momento cualquiera de la historia del arte. No nos será muy difícil verificar groseramente que el arte de una época se halla enlazado consigo mismo. O de un modo más claro: — lo que se presenta, por ejemplo, como rasgo fundamental, en su pintura, acordará en espíritu con lo que se encuentra en su literatura, en su música, en su arquitectura... sea el que fuere el importancia que la época les haya asignado para representarla. Vale de valor intrínseco de las mismas y su grado de desarrollo, a la vez que la cir: — las artes marchan unidas en el tiempo. —

Para el hombre contemporáneo es, sin embargo, muy difícil ver — principalmente si es artista — dónde su obra únese con las que realizan los demás, y en especial con la de aquéllos que cultivan artes diferentes. Es casi, para comprobarlo, de absoluta necesidad que transcurra un cierto período de tiempo, o que éste se acelere como sucede en las épocas de transición. El tiempo clarifica muchas cosas. Se pierde entonces, sin duda, el sentido de la diferencia de innumerables detalles, compruébase de que ha-



bia en esa percepción demasiado aguda, importante tal vez para la creación, mucho de ilusorio, ficticio, aparente, y es dado contemplar, un poco en esquema mas todavía vivazmente la obra íntegra de una generación.

De cualquier manera, el historiador del arte no puede prescindir de este principio, o si se quiere, mejor aún, de esta norma general: — las artes evolucionan desde un punto de vista histórico, conjuntamente. —

Si un movimiento importa fundamentalmente para un arte cualquiera, debe ser siempre posible denunciar su presencia, revestido de formas distintas, en las otras artes contemporáneas. No interesa la variación impuesta por la diversidad de los medios expresivos — color, sonido, etc., etc. — pues el núcleo de lo que se quería expresar era el mismo — esto sin un análisis más preciso, ya que de efectuarlo aquél se perdería en un mundo de tenuidades sin peso, en una zona de nieblas, en la que se le escaparía, por así decirlo, de entre las manos aquello que intentaba precisar.

El artista es en el fondo, desde este punto de vista, la encarnación de un deseo de expresión existente, sólo bajo forma de deseo (indeterminado), en la humanidad que le es más próxima temporal, espacial, espiritualmente. Y como estas inquietudes humanas varían con la variación de aquellos tres factores, se deduce que el arte de una época no puede ser nunca igual al arte de otra. Habrá únicamente contactos, sin que se anulen las distancias, aspectos parciales en los que parezca operarse un retorno hacia el pasado, o simples coincidencias cuando se trata de artes vivas costáneas. Identidades de detalles, reintegración al conjunto, no expresarán ya lo mismo. Sólo de acuerdo a aquel conjunto tienen sentido histórico.

Este punto de vista, inevitable para la apreciación histórica siquiera sea como instrumento de trabajo, determina la referencia a verdaderos ciclos, postula la existencia de períodos cerrados. (Les abre la comprensión artística). Es el caso, por ejemplo, del arte griego considerado en su conjunto; del arte de la Edad Media; del arte renacentista, y, para abandonar el ciclo de las culturas occidentales, del arte indio, del arte chino, del japonés, del americano, etc. Es necesario para fijarlos detener la mirada sobre ciertos caracteres que se podrían llamar personales, privativos de cada uno. Más todavía; lograr una visión de conjunto, en la que ha de entrar por cierto mucho de imprecisión... La que nos sirva para uno no nos servirá, sin duda, para otro. Pues cada época que es verdaderamente creadora apoya su arte sobre una intuición propia, irrepetible en la totalidad de sus rasgos, sobre una concepción que ella sola ha vivido en su integridad del mundo, y de las cosas.

Ello es independiente, importa señalarlo, en una cierta medida de los medios técnicos y de la evolución de los mismos. Idénticos o casi idénticos recursos materiales expresivos pueden usarse para encarnar intuiciones entre sí sin aparente relación. Es también cierta lo inverso. Dos ejemplos, tomados de la historia de la Arquitectura, con el fin de documen-

tarlo.

El primero. Consideramos a grandes rasgos, los estilos romano y románico se apoyan sobre los mismos principios de técnica constructiva; sin embargo, la impresión que nos procuran las obras del segundo nada tiene que ver con la que nos sugiere las del primero. Es que el románico puso por así decirlo, en movimiento, através de una reordenación de los elementos constructivos (no consideramos sólo la evolución del templo a partir de la basilica), una nueva intuición del mundo. Es lo que vamos a distinguir mejor — segundo ejemplo — cuando, evolucionando, de origen al gótico, que se apoya sobre una técnica diferente para transmitir una idéntica visión.

Lo que varía y cambia con los tiempos es aquello que el nombre quiere expresar. De eso depende la elección de las formas. El campo de la técnica, aunque amplísimo, es siempre más restringido, si más no fuere porque los materiales del mundo sensible que se usan tienen leyes propias a las que el creador tiene que someterse.

Pero que el arte sea expresión impone también, en otra zona, limitaciones a la obra artística. A lo menos, si en su carga histórica — cosa que no creemos — radica su comprensión. Y aparte también — lo examinaremos más adelante — de lo que, viniendo de esta fuente, no alcanzó la plástica adecuada.

Sobre otro extracto de lo real se afianza la vigencia del arte. Como dijimos ya en la clase anterior, su esencia es la de perdurar.

De ahí que sea el medio más elevado y poderoso de salvataje de las culturas históricas. Es quizá por él que podemos comprender todavía de un modo vivo — no hay al respecto otro tipo de comprensión — las necesidades ideales, los afanes desinteresados, las más delicadas mediastintas en sus formas de recepción cósmicas, su modo de situarse y responder a lo innominado o enigmático así como a lo que sentían conocido y cercano, penetrable a su ternura, del hombre de otras épocas.

Nada de semejante encontraríamos en las restantes formas de su actividad. Ellas se desvanecen, al no tocar el ámbito de la transfiguración artística, sin dejar testimonio intuitivo de lo que, más imponderablemente, las singularizaba. O perduran abstractamente, sin toque local, como ocurre con las necesidades elementales de la especie que van desde la apropiación biológica del medio — alimentos, viviendas, etc... — hasta las que provienen de las condiciones mismas de su agrupación, sometidas a leyes que se pueden estudiar examinando como se comporta el hombre de nuestros días.

La humanidad griega en lo más complejo y rico de su prestancia temporal se desvaneció, y para siempre. No será ya posible crear un arte idéntico al suyo. Pero en él — y esto es lo que importa — ha quedado impresa

la huella de las corrientes espirituales más recónditas que la impulsaron. Lo que ahí no sucedió es ya irrescatable per omnia secula seculorum. Hay más todavía. Nunca sabremos completamente lo que fué su arte para el hombre griego. Tendríamos que ser griegos, haber nacido entonces, haber participado en las formas múltiples de la vida griega, haber crecido entre ellas y entre ellas habérse hecho nuestra hombría, para comprenderlo en su auténtica profundidad. Pues en toda obra de arte hay un resto que se separa propiamente de ella y muere junto con la época que la originó. Que sea más o menos grande, depende de nuestra comprensión, cuyo actuar va revelando en planos más profundos, lo transitorio — eso que, ya se ha desprendido de la historia humana. No es esto sólo, sin embargo, lo que se pierde. Lo malo muere, se aparta, no vive con el resto. En Literatura es ello más visible, aunque propicio a la confusión, cuando se publican las obras completas de un autor (un Cervantes, por ejemplo, o un Manrique) porque hay una parte de su producción que es de indudable valor. Más callada, imperceptiblemente, se desvanece aquello que fué movimiento, aunque bien intencionado, a medias frustrado, y cuya clave — en eso de la frustración — estaba en manos del hombre de la época, por más de que éste — razón, demás, corroborante — no la juzgara tal. Es lo que, del clima espiritual de una época o de un ser singular, se asomó a la expresión un momento, en un impalpable giro, y no pudo ser, pues tenía mucho de vivo y como absorpta sustancia, definitivamente en ella.

Todo ello ocurre porque el arte es una materia dominada, nunca totalmente, en el sentido de la expresión. Es ella esta materia opaca, irresonante, oscura de la realidad. O dicho de otro modo: aquella de los momentos en que somos incapaces de vivir, fatiga o decepción, el universo en su rica, concreta plenitud. Y también, así, sin más, apenas vinculándose a lo que somos. Algo de cosa en sí, luego de haberse caído todos los puentes. El milagro del arte es volverla luminosa, cargarla de intosquechadas significaciones, lograr que lo que no pertenece al espíritu hable su lengua. De ahí que se nutra de todas las modalidades de lo transitorio, la del acontecer histórico, mientras acontece, entre ellas. Como si la materia, tal cual la concebían ciertas filosofías de la Antigüedad, escapara hacia lo bajo, hacia lo más bajo, hacia el fondo, y éste le impusiera, insinuándose dentro, aprovechándose de su fuerza, un movimiento hacia arriba, rescatando con su ayuda no sólo la fugacidad de lo histórico y la mutación de los elementos naturales sino también los tránsitos del espíritu. Por ello el arte no puede ser comprendido desde un punto de vista que conlleva a la forma una importancia exhaustiva.

El arte es, pues, expresión. ¿De qué? De contenidos de toda índole: históricos, culturales, religiosos, etc. Pero no son ellos en sí los que envisten de tal jerarquía. En cierto modo, no son más que la ocasión. Hay una for-

ma de intuir la realidad que usó de ellos. Hacia ese núcleo puede avanzar mucho sin duda, el análisis. No lo reducirá.

Ello no impide, sin embargo, que fuera de las determinaciones ya indicadas en relación con el tema de esta clase, el arte, en su más fina esencia, no continúe siendo expresión.

No es, por ejemplo, una escultura sólo una combinación especial de los volúmenes del movimiento de la luz sobre sus planos, ni el de la pintura un caso de mero equilibrio, armonización y lo restante, de colores y claroscuro, para no tomar sino dos artes, pues detrás de todo ello, y no agotable haciendo el estudio de la faz técnica y constructiva, está lo que el artista quiso expresar, lo que nosotros experimentamos ante el bloque sintético y conjugación de esos medios. El arte testimonia de un orientarse en lo invisible del espíritu incidiendo en lo visible. No es lo visible, como alguna vez se ha creído, lo que en el halaga, sino lo que revela, lo que sugiere como presencia de cosas que se nos muestran apenas, y desaparecen, dejándonos el vago perfume de lejanías entrevistas. Es instantáneo. Sólo exige nuestro dócil entrega para revelarnos sus secretos. Y éstos alternándose se comunican, si se comunican, a través de la palabra y del concepto, pues una única forma, aquella que encontró el artista, era apta para manifestarlos. Esta forma es en sí tan misteriosa que bastaría quitarle algunos de sus elementos para que todo se destruyera, para que fuera incluso fea, como ocurre con una melodía cuando se canta al revés. Nada se podría adelantar tampoco acerca del valor de una obra hecha tomando en cuenta los mismos principios técnicos.

Abril 15, 1942.

# El Cero y el Infinito

Mucho se ha hablado en torno a esta obra. Confieso que al finalizar su lectura, durante largo tiempo, quedó sólo en mí la penosa sensación de una pesadilla vivida. Vivida pero como en un absurdo enorme, donde se encierra (lo presentimos) una mentira que tratamos de cernir en vano. ¿Está esa mentira, como lo afirma C. Mounin en *Lettres françaises*, en un antisovietismo deformante disfrazado en el lujoso atavío de un talento analítico y minucioso, de una agudeza poco común? ¿En nombre de qué única verdad, ni comunista ni antimarxista (¿?) juzgaríamos lo que podría muy bien ser una verdad? No me encuentro en condiciones, por otra parte, de transar lo que históricamente podría probarse en la obra de Koestler.

Pero no creo que el error histórico sea a la vez error literario. Roubachof vive con vida propia y el autor mismo confieso que algunas de sus características pertenecen a distintos personajes del movimiento ruso. Nada le quita de coherencia, sin embargo, ese origen múltiple. Por cuanto el lento desenvolvimiento de la novela nos obsede, comprometiendo nuestro interés, por esa dualidad de lógica absurda y de indudable sentido real, latente en la propia inquietud del personaje. Hay una culpabilidad en Roubachof, mucho más allá de los hechos, sentida a través de la injusticia del veredicto.

M. L. de K.

...Roubachof miraba en la oscuridad, a través de sus lentes. ¿Habían ya comenzado? ¿O todavía tenían que hacerlo? Se había sacado los zapatos y los calcetines; del otro lado de la frazada, sus pies desnudos se levantaban, pálidos en la oscuridad. El silencio se hizo todavía más anormal. No era la habitual y tranquilizadora ausencia de ruido; era un silencio que se había tragado todos los sonidos y los ahogaba, un silencio vibrante como una lonja de tambor tenso. Roubachof miraba sus pies desnudos y movía lentamente los dedos. Tenían un aspecto grotesco y sobrenatural, como si sus pies blancos vivieran con vida propia. Tomaba conciencia con una intensidad inhabitual de la existencia de su cuerpo, sentía el tibio contacto de la frazada sobre sus piernas y la presión de su mano bajo su cuello. ¿Dónde se hacía la "liquidación física"? Tenía una idea vaga de que aquello debía tener lugar abajo, bajo la escalera en tirabuzón, después del saqueo de peluquería. Respiraba el olor de cuero del cinturón de Gleikin y oía crujir su uniforme. ¿Qué le decía a su víctima? "¿Vuelva la cabeza hacia la pared?" Agregaría "¿si hace el favor?" O bien decía: "No tema. No le dolerá..." ¿Quizá había fuego sin avisar, por detrás, al cominar? Pero la víctima se daría vuelta a cada instante. ¿Quizá escondiese su revólver dentro de la manga, como el dentista esconde su pinza? ¿Quizá estuvieron también

presentes otros personajes? ¿Qué aspecto tendrían? ¿El muerto caía hacia adelante o hacia atrás? ¿Llamaba? ¿Quizá; fuese necesario disparar una segunda bala para terminar con él?

Roubachof fumaba y miraba sus dedos de pie. Todo estaba tan tranquilo que oía arder el papel de su cigarrillo. Dió una fuerte pitada. Tonterías, se dijo. Novela para "midinettes". En verdad, no había creído nunca en la realidad técnica de la "liquidación física". La muerte era una abstracción; sobre todo la suya propia. Sin duda todo había terminado ya y lo que pertenece al pasado no tiene realidad. Estaba oscuro y todo tranquilo y el número 402 había dejado de golpear.

Deseó de pronto que alguien se pudiese a cullar afuera para desgarrar ese silencio monstruoso. Olfateó y se dió cuenta que desde hacia algún tiempo ya, tenía el perfume de Arlova en las narices. Hasta los cigarrillos tenían su olor; ella ponía los suyos en un estuche de cuero en su cartera, y todos los cigarrillos que sacaba tenían el perfume de sus polvos... El silencio continuaba. Sólo el comastro crujía ligeramente cuando él se movía.

Roubachof pensaba justamente en levantarse y en encender otra vez un cigarrillo cuando los golpepecos en la pared comenzaron.

*Vienen, decían los golpepecos.*

Roubachof aguzó el oído. Sólo oyó su pulso que le martillaba las sienes. Esperó. El silencio se hizo más denso. Se quitó los lentes y golpeó:

*No oigo nada...*

Durante bastante tiempo el N.º 402 no respondió. De pronto golpeó fuerte y claro:

*N.º 380. Haced pasar.*

Rápido, Roubachof se enderezó. Había comprendido: la noticia había sido transmitida a través de once celdas por los vecinos del N.º 380. Los ocupantes de las celdas que iban del 380 al 402 formaban una cadena acústica a través de la noche y del silencio. Estaban sin defensa, encerrados entre sus cuatro paredes; era la forma que tomaba su solidaridad. Roubachof saltó de su lecho, corrió descalzo hasta el muro de enfrente, se colocó al lado del balde y golpeó para el N.º 406.

*Atención. El N.º 380 va a ser fusilado. Haced pasar.*

Escuchó. El balde apesaba; sus emanaciones habían reemplazado el perfume de Arlova. Ninguna respuesta. Roubachof corrió a toda prisa hacia el lecho. Esta vez golpeó, ya no con sus quevedos sino con el puño:

*¿Quién es el 380?*

Siempre sin respuesta. Roubachof adivinó que el N.º 402, igual que él iba y venía de una pared a la otra de su celda. En las once celdas a su izquierda, los prisioneros corrían sin ruido, descalzos, de una pared a la otra. El 402 había vuelto a su tobique; anunció:

*Le leen la sentencia. Haced pasar.*

Roubachof repitió su pregunta anterior:

*¿Quién es?*

Pero el 402 se había alejado de nuevo. De nada servía pasar el mensaje a Rip Van Winkle, pero Roubachof corrió al lado del balde y golpeó la noticia; lo impulsaba un oscuro sentido del deber, la idea de que la cadena no debía romperse. La proximidad del balde le daba ganas arrojar. Corrió a su cama y esperó. Ni el menor ruido afuera. Sólo la pared continuaba resonando.

*Pide socorro.*

Pide socorro: Roubachof lo transmitió al N.º 406. Aguzó el oído. No se oía nada. Roubachof tuvo miedo de arrojar la próxima vez que se acercara al balde.

Se la llevan. Grita y se resiste. Haced pasar, golpeó el N.º 402.

¿Cómo se llama?

Roubachof golpeó rápidamente, antes de que el 402 hubiere terminado del todo su frase. Esta vez, tuvo una respuesta:

Bogrof. Oposición. Haced pasar.

Las piernas de Roubachof se volvieron de pronto pesadas. Atravesó la celda, se apoyó contra la pared y golpeó para el N.º 406.

Miguel, Bogrof, ex marinero del acorazado "Potemkine" comandante de la flota oriental, decorado con la primera orden revolucionaria, va a ser ejecutado.

Enjugó el sudor que le bañaba la frente, arrojó en el balde y terminó su frase:

Haced pasar.

No lograba evocar la imagen visual de Bogrof, pero veía su gigantesca silueta, sus brazos caídos y torpes, las pecas de su rostro chato y ancho, de nariz ligeramente respingada. Habían vivido en exilio, en el mismo cuartel, después de 1905; Roubachof le había enseñado a leer, a escribir, y le había enseñado las bases del pensamiento histórico; desde entonces, donde quiera se encontrase, recibía dos veces al año, una carta manuscrita terminada invariablemente con estas palabras: "Tu camarada, fiel hasta la tumba, Bogrof".

Vienen golpeó precipitadamente el N.º 402, tan fuerte que Roubachof, siempre parado cerca del balde, la cabeza apoyada contra la pared, le oyó del otro lado de la celda.

Roubachof se puso tieso. Transmitió el mensaje al N.º 406:

Roubachof se puso tieso. Transmitió el mensaje al N.º 406.

Parados en la mirilla. Tamboread. Haced pasar.

Corrió en la oscuridad hasta la puerta y esperó.

Todo era silencio, como antes.

Algunos segundos después, se oyeron de nuevo los golpeteos en la pared:

Aquí están.

A lo largo del corredor, un tamboreo cavernoso y grave se acercaba. No era ni un golpeteo ni un marfillo: los hombres encerrados en sus celdas 380 a 402, formando la cadena acústica y parados detrás de sus puertas como una guardia de honor en las tinieblas, imitaban a la perfección el redoblar ahogado y solemne de los tambores, traído desde bastante lejos por el viento. Roubachof, los ojos contra la mirilla, hizo coro golpeando con las dos manos en cadencia sobre la puerta de cemento. Se sorprendió oír esa clo de tonidos apagados continuarse a la derecha en el número 406 y más allá; Rip Van Winkle debía haber comprendido, después de todo; él también. Al mismo momento, Roubachof oyó a su izquierda, todavía a alguna distancia de los límites de su campo visual, puertas de hierro que rodaban sobre sus rieles. A su izquierda, el redoblar de tambor se hizo un poco más fuerte; Roubachof comprendió que la puerta de hierro que separaba a los prisioneros aislados de las celdas comunes acababa de abrirse. Algunas llaves se entrecocaron y ahora la puerta de hierro estaba nuevamente cerrada; oyó pasos que se aproximaban, acompañados por el ruido

de un deslizamiento sobre las baldosas. El redoblar se acrecentó a su izquierda, como una ola en un crescendo sostenido pero velado. El campo visual de Roubachof, limitado por las celdas 401 y 407, seguía vacío. Los ruidos de un objeto que es arrastrado y se desliza sobre el embaldosado se acercaban rápidamente, y ahora discernía también gemidos y lloriqueos. Los de un niño, se hubiese dicho. Los pasos eran más rápidos, el redoblar se hizo un poco menos fuerte a su izquierda; a su derecha, creció.

Roubachof tamboreaba. Había perdido todo sentido del tiempo y del espacio, no oía más que el latido cavernoso del tam-tam en la jungla; se hubiera dicho que eran monos parados detrás de los barrotes de sus jaulas, golpeándose el pecho y tamboreando; pegaba el ojo a la mirilla, levantándose y volviendo a caer en cadencia sobre sus dedos de pie mientras continuaba redoblando. Igual que antes, veía solamente la luz amarilla y débil de la lámpara eléctrica en el corredor; no había otra cosa que ver, de no ser las puertas de hierro de los números 401 a 407, pero el redoblar de tambor se hacía más ruidoso y los crujidos y los lloriqueos se acercaban. De pronto, siluetas oscuras entraron en su campo visual; aquí están. Roubachof dejó de tamborear y miró. Casi de inmediato, ya no estaban allí.

## Jean - Paul Sartre y la Libertad

*A propósito de "Los caminos de la libertad"*

...La libertad de M... no es sino rechazo y abnegación. No recubre otra cosa que el vacío y la nada. ¿Pero es que la nada no es la única realidad de toda vida? ¿El hombre no está sobre la tierra para morir? La muerte no es un accidente sino el gusano que nos roe a todos nosotros en todo instante, que cada uno de nosotros alimenta sin pausa: desde su nacimiento el hombre lleva y madura su muerte en él. ¿Quién no ve entonces el horror del hecho bruto de existir? La vida es superflua, absurda. Es una proliferación inútil. Es un objeto que estorba, demás. Cuando el individuo vive esta certidumbre, la única que es real, rechaza todos los engaños, llámense religión, amor, o belleza. En este universo sin solida, cerrado por todos lados, la libertad del hombre da un sentido a la vida. Porque es libre, es que el hombre existe. Por el ejercicio de su libertad se prueba su existencia: la Libertad se confunde con la existencia. Es lo que descubre M...: "Esta libertad, yo la he buscado demasiado lejos, estaba tan próxima que no podía verla, que no puedo tocarla, estaba solamente en mí. Yo soy mi libertad".

*Henri Hell.*

*A propósito de "Descartes"*

...Desde que conocemos el Bien nuestra libertad no puede manifestarse sino por el simple rechazo del No ser (Error o Mal). En la duda, vemos como nuestro libre arbitrio está ligado a nuestro poder de rechazar. Ser libre es



decir no: yo no soy otra cosa que esta duda que anonada todo, que este rechazo traslúcido; el yo mismo no es sino una nada de ser. ¿Pero qué es lo que niego?; no el ser, sino la apariencia del ser, el no ser, lo falso y lo malo. Al contrario el ser arrastra irresistiblemente mi adhesión. La negatividad no es pues aquí productiva, no es sino la negación de lo falso; la voluntad no es autónoma sino respeto al no ser, ella está determinada por el Ser (o la Verdad o el Bien, como quieran).

Roland P. Caillois.

... Sólo el hombre es miserable, decía Pascal; sólo el hombre es totalmente libre, sostenía Descartes. Sólo Dios puede salvarnos con su gracia, decía Pascal; sólo Dios es creador, sostenía Descartes. Sólo el hombre es miserable, repite Sartre; pero sólo el hombre es totalmente libre y sólo el hombre es creador, agrega; por ello sólo el hombre puede salvar al hombre, a pesar de que el hombre es creador de su propia miseria.

Vicente Fatone.

## Primer Seminario Regional de Educación Para la América Latina

### CORRESPONDENCIA INTERNACIONAL ENTRE EDUCANDOS Y EDUCADORES LATINOAMERICANOS

*Exposición de motivos, leída en la sesión plenaria de la Sección EDUCACION PARA LA PAZ del Primer Seminario Regional de Educación para la América Latina, reunido en Caracas, y PONENCIA correspondiente. APROBADA POR UNANIMIDAD, el 8 de setiembre de 1948.*

El delegado de la Unión Panamericana, doctor Pedro de Alba, ante la Primera Conferencia Internacional de Ministros y Directores de Educación, reunida en Panamá, del 25 de setiembre al 4 de octubre de 1943, presentó una ponencia que, en cierto modo, indica cuál ha de ser el papel de la Escuela en la fundación de un mundo sin guerra. Según sus magníficas palabras la educación deberá consolidar y exaltar los elementos de un patriotismo consciente, generoso, constructivo y noble; afirmar los sentimientos de solidaridad e interdependencia entre los pueblos de América, y fomentar el espíritu de simpatía universal.

Bastaría ratificar tales generosos propósitos para reafirmar la más absoluta solidaridad con ellos.

La Escuela en el sentido genérico de todo instituto educativo y formativo, tendrá que consolidar y exaltar el patriotismo que es el sentimiento generoso de la nacionalidad. Deberá educar para la Democracia que es una manera, y acaso la más efectiva, de instruir para el mejor ejercicio de la libertad. Pero no deberá satisfacerse con sólo proclamar vanas fórmulas mágicas, porque las palabras han sido, también, elementos utilizados para motorizar los espíritus y deformar el alma de las multitudes y de los pueblos. La Escuela debe declarar una sola guerra, implacable y decidida:

LA GUERRA A MUERTE CONTRA LA GUERRA, para que un día pua-

da alcanzarse la realidad extraordinaria de la paz.

Mas es indudable que no podrá anhelarse una paz en la miseria, en la orfandad y en el desamparo. El niño, el adolescente o el hombre gozarán el beneficio de la paz, no en la quietud de propósitos beligerantes sobornados, sino en la plenitud del goce pacífico de sus derechos satisfechos, de sus aspiraciones alcanzadas y de sus ideales cumplidos. La paz por el sometimiento, por la comodidad o por la conveniencia es acaso tan despreciable, como el estado de guerra que deseamos abolir.

Pero no sustentamos modelos de corte único porque en el régimen institucional, soluciones opuestas pueden ser idénticamente plausibles, siempre que para alcanzarlas no sea necesario hacer naufragar la dignidad cívica.

La Escuela de América Latina no necesita buscar más modelos que aquellos que su propia existencia le ha dado y tiene que renunciar a la tarea simiesca de ponerse a imitar gestos y actitudes que no le son espontáneas.

El hombre europeo que era nuestro modelo, y lo fué en la formación de nuestras primeras etapas institucionales, no puede ser hoy nuestro rector de conciencia, ni nuestro baqueano para marchar a través de la vida. Sus ideales en cierto modo materialistas, por imposición de las vicitudes padecidas, no corresponden a nuestro programa de hombres que pretendemos integrar un mundo libre, optimista y desbordante de plenitud vital. Es posible que si al hombre del nuevo mundo se le plantease el doloroso dilema que propone Huxley y se le obligase a decidir entre la comodidad y la libertad, seguiría prefiriendo, acaso con la más espléndida de las arrancancias, la incomodidad del vivir a campo y cielo, pero libre.

El modelo europeo ya no nos viene bien. Y queremos, porque nos sentimos con la personalidad suficiente, tener y tomar un rumbo propio. Claro está que la experiencia vivida por los demás puede mostrar y enseñar mucho aprovechable. Mas ya estamos en la edad de caminar sin andadores, cobijando y no echando en olvido, que la Historia es, con la definición clásica, "la maestra de la Vida".

La educación tendrá que propiciar en primer lugar el justo y equitativo análisis de la realidad nacional para descubrir en su trabazón histórica, todo cuanto hay de plenitud humana de superación, hacia el logro de la emancipación, tanto política, como ideológica, como económica de cada pueblo.

Desde luego, esta educación patriótica fundamentada en la clara y honrada interpretación histórica, no deberá llevarse a cabo en función de propósitos subalternos de exaltación patriótica y agresiva. Que cada uno acepte su pasado, lo interprete y lo supere, sin tener como objetivo, la lección de otros pueblos. La imitación termina en la envidia y esta mala consejera suele degenerar en odio. Y el odio es endeble pedestal para sostener ideales dignos.

La Escuela debe procurar imponer por comprensiva aceptación y no por imperativos dogmáticos la idea de que la Democracia no es una forma inmutable de convivencia político-social, sino más bien, una expresión renovada de solidaridad fraternal y, todavía y por ahora, la más aceptable de las formas de convivencia basadas en la libertad, en la igualdad y en la justicia que, para completarse y perfeccionarse, deberá tender, cada día con mayor ímpetu, a ser cooperativa y universal.

Tal como lo propiciamos un grupo de educadores uruguayos en las Jornadas Pedagógicas realizadas en Montevideo, en noviembre de 1947, en el

Colegio Nacional "José Pedro Varela", la educación tiene que:

1.° *Ejercitar activamente la iniciativa individual y el juicio crítico imparcial del educando para alcanzar la formación del carácter y de la responsabilidad.*

Hay, se ha dicho con acierto, una profesión universal que es acaso la más alta en dignidad humana de todas las profesiones y ella es la "profesión de hombre." Pues bien, el logro del carácter y de la responsabilidad contribuirá a que ese ideal de perfección social y de jerarquía ética pueda no estar distante de nuestro alcance total.

2.° *Procurar el fortalecimiento de la fraternidad humana y el sentimiento patriótico, sin xenofobias y sin nacionalismos.*

En otros términos, exaltar el patriotismo en lo que tiene de constructivo o de dinámico, sin crear metas absurdas. Ricardo Rojas en un sesudo ensayo sobre el nacionalismo, publicado en la revista "La Nota" de Buenos Aires, sostenía con viril acierto que todo nacionalismo es, por esencia, agresivo, porque actúa en función de la superación de lo extraño por exaltación de lo propio. Ya dijimos que el educando, sea niño, adolescente u hombre no hay que mostrarle modelos que no han sido proyectados para su propia conveniencia sino para atender necesidades o exigencias extrañas. Cada uno es como es y debe procurar seguir siéndolo de la mejor manera posible, sin perder personalidad e individualidad.

3.° *Consolidar la vida de familia y de hogar.*

Nuestra tradición española nos enseña el camino en este sentido. El exotismo de modas que no se avienen con nuestra herencia racial no tiene razón, ni justificativo entre nosotros y debemos defender nuestra manera particular de ser y de vivir, sin deformarla para adaptarla a exóticas influencias. Hemos recorrido las calles hispanas de esta Caracas ilustre y verdecia, y en todas sus esquinas nos ha salido al paso el acento engelado de la tradición rediviva, que es la gloria de este pueblo, como si todavía, se poseasen por estas callejas, las almas de los conquistadores. Ese acento de fuerte arraigo idiomático no ha impedido que sobre sus torrecas lingüísticas, se levantasen las nuevas voces y se construyesen las nuevas columnas impercederas.

Este es el ejemplo a seguir. Conservar en la más pristine pureza el tesoro heredado, que tal es la ley del buen hidalgo. Pero, no quedarse de espaldas hacia la vida. Exaltar lo propio y mostrarlo con orgullo legítimo.

Tal vez el procedimiento mejor para lograr tal intento consista en estimular a los educandos en la comunicación con el extranjero. La correspondencia relativa a todo cuanto se relaciona con cada país será fuente de curiosa investigación, de conocimiento y de solidaridad omíscua. Las vinculaciones afectivas que por intermedio de la correspondencia interescolar, se anudan, sirven a la postre para atraer hacia el país, cariños, intereses y atracciones que nunca son desaprovechables. El intercambio de libros de fotografías, de descripciones y aun de narraciones relativas al folklore, los comentarios sobre hechos históricos en que la participación de los antecusados de los corresponsales puede haber sido común, etc., todo ello crea un cúmulo de afectos que a la postre resulta beneficioso para quien da oportunidad para ello.

El intercambio epistolar, adecuadamente dirigido con supervisión que solamente sea rectora y no deformadora de la voluntad de los educandos, ayudará a crear vínculos de afectos que habrán de ser provechosos andan-

do el tiempo.

Se ha dicho que conocer es comprender y que comprender es amar. Y amor, vínculo eterno de solidaridad social, es lo que puede salvar al mundo en esta hora tremenda de crisis. Salvar del olvido que, como un jaramago va cubriendo los caminos de la Historia, todo nuestro pasado, vive aún en las tradiciones y las leyendas, en la literatura, en el idioma y en el arte, en todas sus múltiples manifestaciones, será engrandecer la realidad actual de América Latina y defender contra la invasión de los nuevos bárbaros nuestra personalidad histórica.

Cierto que tal programa de acción no implica indiferencia para todo cuanto la civilización occidental y aun otras civilizaciones pudieran aportarnos. Mas lo esencial es mantener nuestra personalidad sin menoscabo de las que, frente a nosotros, pudieran erigirse. Y nada importa que algunas de las que se nos yergan delante, sean poderosamente formidables: siempre será honroso repetir con el poeta que nuestro vaso es pequeño, pero que bebemos en vaso propio y no ajeno...

Para cumplir tal programa de acción afirmativa consideramos que la correspondencia internacional entre educadores latinoamericanos puede ser el medio más práctico y fácil de realizar un activo intercambio cultural.

Nuestro actual desconocimiento que acaso sea una de las tantas causas de nuestras recíprocas desconfianzas, podría aminorarse intercambiando correspondencia que no sólo ha de ser regodeo epistolar entre los educandos latinoamericanos. Aquella cadena de niños en ronda que vieran, un día en sueños, primero el poeta francés Paul Fort y luego, con gracia y serenidad, la grande chilena Gabriela Mistral, no es un vago sueño de poetas. Es el mejor símbolo de lo que puede ser nuestro futuro. En el cariño adolescente de los que vienen, florecerá el amor fraternal de los que serán mañana hombres.

Por tales argumentos propongo la siguiente RECOMENDACION:

EL SEMINARIO REGIONAL DE EDUCACION PARA LA AMERICA LATINA declara que debe ser intensificada en todas sus formas y en todos los grados de la educación, el intercambio de correspondencia, en todos sus aspectos, entre los educandos y los educadores de los países latinoamericanos.

Los educadores y los institutos de enseñanza gestionarán la obtención de las máximas facilidades ante sus respectivos gobiernos, para que gocen de reducidas tasas postales todos los envíos de esta naturaleza que pudieran efectuarse.

Las autoridades educativas de cada país llevarán a cabo, periódicamente, exposiciones de los resultados obtenidos con este medio de enseñanza interamericana.

José Pereira Rodríguez.

# Soneto del Bautista

El conviene que crezca y que se eleve,  
y yo que mengue y que me disminuya,  
el es Jesús, para que Dios le lluya,  
y yo soy Juan, por cada vez más breve

El es amor, con el amor se atreve,  
yo apenas soy una tristeza suya;  
el quiere ser el ser que en Ser concluya,  
yo quiero ser el ser que el Ser compruebe.

El conviene que vaya al pueblo, y vea;  
el conviene que cree la costumbre  
del pastor, que no deja su cordero.

El conviene que vaya, vea y sea  
el que lleve la Cruz hasta la cumbre;  
yo, el sin cabeza muerto, el sin madero

Luis Alberto Chaves.



## Poesía y Música

### FRAGMENTO

Sentado blandamente  
es irato reposar,  
los cuantos escuchar  
de poetas poéticas,  
y tener,  
a un tiempo, de música dábura,  
que cuando la atención a decaer  
conduce, lleve la pausa oscura...

Junio 1938.

Percy Shelley

Trad.: H. Peduzzi Escuder.

# Crisis del Pensamiento Popular

Cuando del saber y de la creación del pensamiento con sus incertidumbres y su crisis actual pasamos a la manera en que ese saber es esparcido y ese pensamiento utilizado, el aspecto cambia. El estado de lo que podríamos llamar pensamiento popular es no sólo de crisis, sino de crisis cargada de decadencia y peligro.

¡Cuán ingenua nos parece hoy la esperanza alegre y confiada de hace un siglo, según la cual el avance de la ciencia y la extensión general de la educación aseguraría la perfección progresiva de la sociedad! ¿Quién cree todavía seriamente que la traducción de los triunfos científicos en maravillas técnicas basta para salvar la civilización, o que la supresión del analfabetismo significa el fin de la barbarie?...

La vida social de nuestros tiempos muestra una multitud de síntomas inquietantes cuyo mejor calificativo es "Debilitamiento del juicio". Es algo verdaderamente descorazonador. Vivimos en un mundo que se halla informado respecto a sí mismo, a su naturaleza y a sus posibilidades, mucho mejor que en cualquier tiempo de la historia. Conocemos mejor que nuestros antepasados cómo es y cómo funciona el universo, cómo opera el organismo vivo, cómo están relacionadas las cosas del espíritu, cómo debe entenderse el encadenamiento histórico de los acontecimientos. Jamás el ser humano ha poseído tal conocimiento de sí mismo y del mundo. El hombre es mucho más capaz de juicio, intensivo en cuanto la mente penetra más profundamente en la composición y naturaleza de las cosas, extensivo en cuanto el saber se extiende a campos cada vez más amplios y sobre todo a un número mucho mayor de individuos. En abstracto, la sociedad se conoce. "Conocerse a sí mismo" fué considerado siempre la esencia de la sabiduría. Conclusión inevitable: el mundo es más sabio.

Pero no hay tal. La locura en todas sus formas, desde lo frívolo y lo ridículo hasta lo malvado y destructor, no ha sido nunca tan manifiesta en el mundo... Lo cierto es que la palabra "conocimiento" no es sinónima de sabiduría y que el "saber" del mundo sólo puede manifestarse a través del pensamiento y acción de sus individuos. Pero en una sociedad caracterizada por la educación universal popular, por la publicidad extensa e inmediata de la vida diaria, y por una extrema división del trabajo, la persona media deviene menos y menos dependiente de sus propias facultades de pensamiento y expresión. A primera vista esto puede parecer paradójico; pues generalmente se supone que en los ambientes culturales de menor intensidad intelectual y propagación del saber el pensamiento individual es más limitado que en una sociedad más complicada, y uno asocia ese pensar restringido con las características de uniformidad y conformismo. Sin embargo a pesar de su menor equipo y extensión, tal pensamiento, centrado como está en la esfera misma de la vida del sujeto, alcanza un grado de independencia que se pierde en los periodos más intensamente organizados.

El campesino, el marino o el artesano de los tiempos viejos poseía en la suma total de su conocimiento una estructura con la que visualizaba el mundo y su vida. Se sabía descalificado para juzgar más allá del alcance de su vista, pero en sus reconocidas limitaciones residía su sabiduría... Hoy día, el habitante medio del mundo occidental sabe un poco de todo.

Encontramos el periódico con el desayuno, y la radio siempre a su alcance. Por la noche, el cine, las cartas o una visita completan un día pasado en la oficina o en la fábrica, en las que nada esencial ha sido aprendido. Con ligeros cambios este es el cuadro de bajo nivel medio cultural en todas partes, desde el obrero u oficinista hasta el administrador o director. Sólo la voluntad personal de cultura, en cualquier campo o con cualquier método, alza al hombre moderno por encima de este nivel. Naturalmente, nos referimos aquí a la cultura en el sentido estricto de posesión de cierto tesoro de belleza y sabiduría...

Pero incluso donde existe un genuino deseo de conocimiento y belleza, la ruidosa intrusión del aparato cultural moderno hace todavía más difícil que el hombre medio escape al peligro de que las nociones y los valores se recan forzadas sobre él. Pues un conocimiento que es tan diversificado como superficial y un horizonte intelectual demasiado amplio para un ojo desprovisto de equipo crítico, deben conducir inevitablemente a un debilitamiento del poder de juzgar.

El alimento a la fuerza y la aceptación pasiva de nociones y valores no son características exclusivas del intelecto. En su apreciación de la belleza y de los sentimientos, el hombre moderno sufre también la fuerte presión de la producción en masa de mala calidad. El molde de sus gustos y sentimientos, suministrado por una oferta excesiva de ilusiones triviales, es falso y hueco.

Ejemplo característico y alarmante son las formas de diversión. En las viejas sociedades, más restringidas, el hombre se proveía a sí mismo de su propia diversión. Las gentes cantaban, bailaban o jugaban juntas. En la civilización de nuestros días esto ha sido substituido por el mirar cómo otros cantan, bailan o juegan. Cierta que espectadores y espectadores han existido siempre. Lo significativo de nuestro tiempo es que el elemento pasivo como constantemente el terreno al activo... Este abandono de la participación activa en las actividades culturales se ha hecho más radical debido al cine y a la radio. La transición del teatro al cine es la transición del contemplar una representación al contemplar el reflejo de una representación. De acción viva, el gesto y la palabra se convierten en mera reproducción. La voz transmitida por el éter es apenas un eco. Incluso los espectáculos deportivos son substituidos por su transmisión radiotelegráfica o su descripción en los periódicos. La acción dramática en el cine es casi toda ella expresada en forma visible, mientras que la palabra hablada queda relegada a un lugar de importancia secundaria. El arte de mirar se ha convertido así en mera técnica limitada a percibir y comprender rápidamente imágenes visuales en constante cambio. La generación joven posee esta percepción cinemática en un grado sorprendente. Esta novel tendencia de la mente significa, sin embargo, la atrofía de toda una serie de funciones intelectuales. Basta considerar la diferencia entre seguir una comedia de Molière y una película para comprenderlo. Aun sin admitir la superioridad de la comprensión intelectual sobre la visual, hay que confesar que toda una serie de medios de percepción estético-intelectuales permanecen inactivos en el cinema. Todo esto sólo puede conducir a un debilitamiento del juicio.

El mecanismo de la diversión en masa moderna es además enemigo de la concentración. La reproducción mecánica del sonido y del espectáculo excluye virtualmente los elementos de entrega y absorción: no se da el asombro sublime, la paz espiritual, la comunión con lo más profundo del yo.

Y, sin embargo, éstas son las cosas sin las cuales no hay verdadera cultura.

La susceptibilidad por la sugestión pictórica, que caracteriza al hombre medio moderno, se encuentra a la base de la explotación que de su poder de juicio hace el anuncio. Nos referimos aquí tanto al anuncio comercial como a la propaganda política. . . Es difícil saber cómo opera y obtiene sus objetivos el anuncio. ¿Es la simple visión o lectura, o un recuerdo ante el que se reacciona mecánicamente, o una especie de droga? En todo caso sirve para crear un estado de ánimo que dispone a la mente a formar juicios "a primera vista". Más difícil es todavía el análisis de cómo opera la propaganda política. ¿Es que alguien, camino de las urnas, ha sido influido en su voto por la vista de la serie de espadas, hachas, marillos, flechas, puños cerrados, soles nacieros y demás parafernalia agitada ante sus ojos por los partidos políticos? Lo cierto es que la publicidad, en todas sus formas, especula sobre un juicio debilitado, y que por su expansión contribuye a su vez a este debilitamiento.

Nuestro tiempo se halla, pues, ante el hecho descorazonador de que dos de las conquistas más alabadas de la civilización: la educación universal y la publicidad, en vez de elevar el nivel de cultura, parecen producir al final ciertos síntomas de desvitalización y degeneración culturales. Mucho saber cuantitativo para las masas pero no se asimila; el conocimiento no digerido es un obstáculo al juicio y a la sabiduría. Abaratamiento espiritual e intelectual. ¿Hay medios de detenerlo? ¿O se extenderá tanto que se resolverá por sí solo?

JOHAN HUIZINGA.

## La Isla de Pascuas

He llegado a la isla de Pascuas el 13 de febrero de 1937. Desde hace treinta años esperaba este minuto, desde hace treinta años, atravesando las historias de mi vida, pensaba en mi inmenso deseo de ver la isla de Pascuas. Pensaba que no iría jamás, que era demasiado difícil, que era un sueño insensato. Y este 13 de febrero de 1937, ya que es necesario desear las cosas con tanta obstinación hasta que se realizan, puse el pie sobre el suelo de la isla de Pascuas.

Desde hace treinta años pensaba en eso; se pueden imaginar fácilmente que mi programa estaba combinado de antemano. No tenía por otra parte tiempo que perder, ya que la nave escuela chilena que me había llevado no hacía en este lugar sino una escala de dos días. No miento diciendo que, bajo un extraño sol pálido, yo temblaba de emoción; me costaba persuadirme que no era de nuevo mi sueño, el sueño en que sueño que llego a la isla de Pascuas, temblando de emoción bajo un extraño sol pálido. Pero no, todo era verdad, el viento, y los acantilados y las ondulaciones de los tres volcanes. Era verdad que no hay árboles, ni manantiales. Y fieles a la cita fijada desde el fondo de las edades, las grandes estatuas me esperaban sobre los pendientes del Ranoararaku.

Se que para no decepcionar a nadie, debería describir aquí la horrible



amargura del deseo muerto, realizado. Yo debería decir que cara a cara con las hermanas de la rompiente, he comprendido que no valía la pena haber esperado tanto, haber venido de tan lejos por una cosa tan simple, tan real. Debería yo quejarme de los insectos, del pequeño pascuense tan sucio que se obstinaba en ofrecerme estatuillas de vientre hundido, terminadas recién la víspera. Tanto peor para los desesperados de nacimiento. Lo que he sido en el fondo del cráter no le importa por otra parte a nadie. Simplemente, he sabido por qué yo estaba allí, por qué durante treinta años, yo he sentido tan obstinadamente ganas de estar allí un día. Y allí estaba. En fin...

No hay una sola línea de lo que precede que sea verdad, salvo que desde hace treinta años, yo quería ir a la isla de Pascuas, donde algo me espera. Pero yo no he estado jamás allí y no iré probablemente jamás.

Jean Ferry.

## ANTECEDENTES PARA UNA TEORÍA EDUCATIVA

# IX - Una Digresión Necesaria CIENCIA Y EXPERIENCIA

La ciencia clásica, heredera directa del pensamiento helénico, obtuvo la nitida discriminación de sus conceptos descomponiendo nuestra experiencia primaria y sus significados globales, hasta llegar a abstraer antes sensoriales divorciados de la emotividad íntima, compleja e indefinible, que los incluía. Las leyes de que tanto se vanagloria son el producto inmediato de una selección arbitraria de la realidad, determinada por una concepción preponderantemente matemática de la experiencia. Su perfección constructiva está en razón directa de la artificialidad de esa segregación, pero es en razón de las omisiones que implica, que, tarde o temprano, han de sobrevenir las contradicciones que las descalifiquen. La desaprensión acerca de la dependencia de sus postulaciones respecto a realidades más vastas, ha reducido a la filosofía a moverse dentro de un círculo restringido de interrogaciones y problemas. Dicha limitación, como contrapartida de la claridad y suficiencia adquirida en su recinto parcial, nos incapacita para encarar resonancias que la extravasen, modalidades más amplias de experiencia que incluyan y reabsorban, junto a los resultados particulares ya vigentes, los aspectos excéntricos a la razón organizada y que ésta subestima como apariencia y confusión. Nunca podremos saber hasta qué punto el predominio secular de conceptos esóticos, inficiona todavía nuestros hábitos mentales. Cada etapa tiende a referirse, obsesionados por un falso ideal de perfección y estabilidad, a bases de explicación firmes. Ya la palabra explicar alude a una reducción empobrecedora. De ahí que nuestro máximo esfuerzo de tensión mental, debe orientarse en todo instante hacia una superación constante de nuestras regresiones, hacia un pensamiento abierto y alerta que se niegue reposo y viva riesgosamente las alternativas de sus desarrollos. Debemos por ello reintegrar la verdad nocturna de la ciencia a su presente desnudo

de historia, al proceso del cual es condensación efímera, de modo que el hecho que afronta se fecunde a través de las repercusiones y expectativas que lo elevan sobre el carácter de insignificante suceso espacio-temporal a que lo reducen sus modos usuales de abstracción. El conocimiento creador, afinando esa selección de relaciones e influencias inherentes a su necesidad de límites, puede ir salvando omisiones explicitadas o revelar en qué forma esa omisión afecta sus construcciones. Pueden sobrevivir (y han sobrevivido muchos siglos) concepciones cuyas omisiones no afectaban en grueso su comportamiento promedial; casi todos los algoritmos matemáticos elementales tienen asegurado, en ese sentido, una larga vigencia, dado que las particularidades que omiten, dentro de lo que la expectación suele acen- tuar, no alteran su mecanismo identificador. La permanencia de esas conclusiones tautológicas requiere que se las independice de los procesos vivos que pueden alterarlas. A la matemática se la puede culpar en gran medida de la parcialización a que se suele someter la experiencia; rebasando sus inex- pugnables identificaciones, deben primar las formas estructurales y de desarrollos que configura cada experiencia, y para ello es indispensable consignar los factores emocionales que los acompañan y las novedades que incluyen. Lo más significativo ha de ser, en todos los casos, el desarrollo, el pa- raje, la revelación, la recreación del dato presupuesto, de manera de integrar- lo a las constelaciones fácticas que sobrevienen y de tal modo que su comprensión se supedita a la de los desarrollos en que aparece. Lo idéntico es a ese respecto una vista parcial de lo diverso. Al "espíritu geométrico" que depura el primero, ha de agregarse el "espíritu de figura" que rescata al segundo. La fecundidad de estas consideraciones se nos revela al iluminárse nos a su través tantas realidades íntimas innegables, de expectación y rememoración, que no hallaban cobida dentro de las racionalizaciones clásicas: rescatamos con ellas, las fuerzas básicas que mueven los sucesos y promueven la acción, desoidas por la realidad puntual y estática de la ciencia del siglo XVII, para la cual un hecho era autosuficiente y señero, una relación, una constante inhumana, hasta hacer de la existencia una apariencia inexplicable. La secuencia causal y el movimiento mismo carecían de fuerza interna y resultaban enteramente irrales y postizos. Hoy es necesidad impuesta en filosofía la de develar el carácter derivatorio de lo existencial, de la realidad única e impostergable que nos abarca por entero, con lo que al mismo tiempo que abrimos una posibilidad de acceso a las realidades proscriptas por la razón clásica, damos fe y sustancia a una idealidad, que como aspiración primaria de lo supremamente existente, era ya desde antes, y aún sin saberlo, para los mismos hombres de ciencia que la descon- sideraban, la razón más eminente de su existir.

Dentro de las tendencias actuales apuntadas toda experiencia se aborda como una determinación y una realización de un interés global, que con la elección y elusión de particularidades consiguiente, configura un din- torno pertinente y real, con presencia significativa. La vida, en sus aspectos culminantes, recorre así totalidades de sentido dentro de las cuales una con- sideración decaída y analítica disocia una exterioridad de cosas y una in- terioridad de sensaciones y perceptos, escamoteando con ese trivial dua- lismo, su procedencia unitaria. El agente primario que dinamiza la existen- cia a través de sus significados, es un poder compulsivo que va modelando las unidades predominantes, que los posibilita, sin que la especificación de sus detalles añada otra cosa que una referencia multilateral a las ne-

cesidades patentes de la finitud, más allá de la cual se sostiene una aspiración ideal de infinitud sin partes; la decadencia formulista se ejercita en una exhumación de esos detalles relacionados y abstractos, olvidando las efectividades reales y las exigencias existenciales que procuran a sus conceptos su elasticidad funcional y su capacidad de superarse dialécticamente para reajustarse con la experiencia concreta.

Nunca se insistirá demasiado en la necesidad de precaverse contra el tipo de abstracción heredado de los griegos (la mitad por lo menos de las falacias indicadas por Vaz Ferreira no tienen otro origen) y que reaparece, pertinaz y oculto, aún en el pensamiento de quienes no pueden ya aceptarlo. En la ciencia física, notablemente, las abstracciones espacio-temporales de los cuadros newtonianos y cartesianos, con una naturaleza restringida a unidades físicas sin significado ulterior, auspiciadas por sus satisfactorias aplicaciones paramediales, sobreviven apenas la omisión de interrelaciones que las configuran no dejan revelar palmariamente (como en la microfísica) su incongruencia con la realidad que enfrentan. Así como modernamente ha sido necesario concebir la materia como una propiedad de su ámbito, ha sido necesario también rebasar las limitaciones de la lógica proposicional y deductiva clásica y de los métodos matemáticos derivados, para acentuar la importancia preponderante de los modos de agrupación singulares de cada aspecto empírico y construir a propósito de cada uno de ellos, los conceptos y objetos, irreducibles e inéditos, que mejor se le adscribieran y asimilaran. Contra la pertinaz obsesión del punto espacial y del instante aislado como valores unitarios básicos, buscamos en sus distribuciones y en el tiempo y ritmo de sus modificaciones, el significado básico que ilumine toda otra presencia subsidiaria: el ser, no puede concebirse sin su sentido relacional. Ser, es ser para otros seres. Ya en Newton, como apunta Whitehead se hacia notoria la contradicción entre el punto espacial en sí mismo y su valor como límite (con su velocidad y aceleración instantáneas), contradicción arraigada en las presuposiciones que anulaban el sentido del cambio. El sabio convivía con esa irracionalidad radical, en un positivismo mecanista trivial y estrecho; sus fórmulas eludían el valor propio del tiempo y la actividad que lo encarna y manifiesta, para bastarse en una fragmentación espacial árida. Al esfuerzo de profundización, cualquiera que sea el terreno en que se ejerza (y pensamos ahora en la Pedagogía) le corresponde hoy tratar de fundar la experiencia sobre conceptos más amplios y elásticos, que abarquen cuerpo y alma y toda otra dicotomía arbitraria, dualidades particulares, como la causalidad física y la compulsión voluntaria, resulten meramente de acentuar y aislar unos u otros aspectos de la empirie.

(Continuará)

(Continuación)

—“¿Qué es lo que sabes tú de novios y amantes?”. Sin embargo, dije, sé todo, y si ella no hubiera querido ser mi novia, la echaba al agua y yo con ella. Me miró entonces atentamente, con una mirada de mujer, y dijo: —“Quiero verlo. ¿Sabes ya besar?”. Dije que sí y le di rápidamente un beso sobre los labios, pero apenas tuve tiempo de pensar que era algo bueno, pues ella aprisionó mi cabeza, la sostuvo firme, y me besaba ahora como una mujer, y yo ya ni oía ni veía. Luego ella rióse con su profunda voz y dijo: —“Me pareces a propósito, muchacho. Pero no puede ser. No me puede servir ningún novio que vaya a la escuela de latín. Allí no va gente que convenga. Yo debo tener por novio un hombre honesto, un artesano o un obrero, nunca un estudiante. A nada conduciría.”. No obstante, ella me había atraído a su regazo y sentir su calor era tan hermoso y tan bueno estar en sus brazos, que yo no pensaba dejarlo. Así que prometí a Francisca no ir más a la escuela de latín y hacerme un artesano. Ella se rió, pero yo no cedí, y al fin me besó de nuevo y me contestó, que si yo dejaba de ser estudiante, ella consentía en ser mi novia, y estaría bien a su lado.

Knulp se detuvo y losió un momento. Su amigo miróle con atención, y ombos se callaron durante un corto tiempo. Luego prosiguió: —“Ahora ya sabes la historia. Naturalmente las cosas no fueron tan rápidas, como lo pensara. Mi padre me dió un tirón de orejas cuando le comuniqué que yo no quería ni podía ir ahora a la escuela de latín. No esperaba semejante consejo; y a menudo pensé prender fuego a nuestra escuela. Eran, sin duda, pensamientos de niño, pero lo esencial para mí iba de veras. Al fin se me ocurrió el único recurso. Sencillomente, no hice nunca más en la escuela nada bien. ¿Sabes?

—Es verdad, ahora lo recuerdo. Durante un tiempo tú has sido arrestado casi todos los días.

—Sí. Hacía la rabona y daba malas contestaciones, no hacía los deberes y perdía mis cuadernos, diariamente cometía alguna falta, y al cabo encontré placer en ello, haciéndoles cada vez a los nuestros la vida más pesada. El latín no fué nunca para mí, ni lo es ahora, de importancia extraordinaria. Tú sabes que tuve siempre un buen olfato, y cuando andaba tras algo nuevo, ya no me daba tregua hasta conseguirlo. Así me sucedió con la gimnosia, con la pesca de truchas y con la botánica. Y del mismo modo se interesaron las muchachas; antes de haber escarmentado y de haber adquirido experiencia, no había para mí cosa más importante. Es asimismo vergonzoso acucillarse en la banca, como escolar, y hacer ejercicios de conjugación, cuando uno está obsesionado por otros pensamientos, por lo que uno ayer de tarde ha espiado en el baño de las muchachas. ¡Vaya! ¡item! Los maestros quizá lo notaron, eran amables conmigo y me trataron con todo el cuidado posible, y se hubieron alejado de mis propósitos, pero empecé a ser amigo del hermano de Francisca. El iba a la escuela primaria, a la última clase, y era un mal hombre; mucho he aprendido de él, pero nada bueno, y mucho de él he tenido que padecer. Al cabo de medio año alcancé mi fin; mi padre me golpeó hasta dejarme casi muerto, pero yo fui expulsado de vuestra escuela y me sentaba ahora en la misma sala de cla-

se que el hermano de Francisca.

—¿Y ella? ¿La muchachuela?, preguntó Machold.

—Sí, fué lo único lamentable. Ella no ha sido mi novia. Desde que yo acompañaba en ocasiones a su hermano a su casa, me trataba peor, como si yo no fuera ya el mismo de antes, y como ya hacía dos meses que me sentaba en la escuela primaria y me había acostumbrado, lo más a menudo por la tarde, a salir a pasear, ello fué causa de que la verdad me fuera conocida. Vagaba un anochecer por el cañaveral, y como ya me había ocurrido muchas veces escuché a un par de enamorados que estaban en un banco. Finalmente me aproximé. Era Francisca con un oficial de mecánico. No repararon para nada en mí, él tenía el brazo alrededor de su cuello y en la mano un cigarrillo. La blusa de ella estaba abierta. Era horrible. Todo había sido en vano.

Machold golpeó a su amigo en el hombro.

—¡Vaya! Quizá fué para ti lo mejor.

Pero Knulp sacudió con energía la afilada cabeza.

—No, nunca. Daría hoy todavía mi mano derecha, para que eso no hubiera sido. No me digas nada sobre Francisca, no puedo sufrirlo. Y si las cosas hubieran marchado bien, habría yo podido aprender el amor sobre un hermoso y feliz linaje, y quizá ello me hubiera hecho esperar reconciliarme también con la escuela primaria y con mi padre. Pues —¿cómo no decirlo?— escucha. Desde entonces yo he tenido muchos amigos, conocidos, camaradas y también queridas; pero nunca más he confiado en la palabra de una persona o una palabra me ha atado. Nunca más. He vivido mi vida según mi parecer, y no me ha faltado ni libertad ni belleza; pero he estado siempre solo.

Asió el vaso, bebió con cuidado hasta el último pequeño sorbo de vino y se levantó.

—Cuando tú consentas, iré a tenderme allí. Nunca pude decirlo. Tú me incitaste.

El Doctor inclinó la cabeza.

—Todavía algo. Quiero escribir hoy pidiendo un sitio para ti en el hospital. Quizá no te guste, pero hay que hacerlo. Te morirías, si no se te cuida de inmediato.

—¡Quia! —exclamó Knulp con insólita vehemencia— déjame morir! Para nada sirve, lo sobes tú mismo. ¿Por qué dearme recluir ahora?

—No, Knulp, sé razonable. Sería un miserable doctor, si te dejara corretear. En Oberstetten encontraremos con seguridad un sitio para ti. Llevarás, además, una carta mía. Y dentro de ocho días yo iré a verte. Te lo prometo.

El vagabundo hundióse en su asiento. Parecía que estuviera a punto de llorar, y frotóse una mano con la otra como si sintiera frío. Luego miró al Doctor a los ojos, implorante e infantil.

—Así pues, —dijo con una voz apenas inteligible—. No tengo derecho, tú has hecho mucho por mí, y hasta vino; todo ha sido para mí muy bueno y delicado. Tú no debes ser malo conmigo, yo tengo que hacerle un gran pedido.

Machold le palmeó, para apaciguarlo, los hombros.

—¡No seas tonto, viejo! Nadie quiere apretarte el cuello. ¿Cuál?

—¿No serás malo conmigo?

—De ningún modo. ¿Por qué?

—Entonces te ruego, Machold, hacerme un gran favor. ¡No me envíes a Oberstetten! Si yo debo ir a un hospital, que sea por lo menos en Gerbersau. Allí me conocen, estoy allí en mi casa. Quizá sea mejor la caridad pública, donde he nacido; en resumidas cuentas...

Sus ojos rogaban con fervor y apenas podía hablar de la excitación.

Tiene fiebre, pensó Machold. Y dijo tranquilo:

—Todo lo que has pedido debe hacerse ahora en orden. Tienes razón, voy a escribir a Gerbersau. Ahora ve y tiéndete allá, estás cansado y has hablado mucho.

Lo siguió con los ojos cuando él fué arrastrándose hacia la casa, y pensó de pronto en el verano en que Knulp le había enseñado a pescar trucha, en su inteligente, señorial modo de tratar a los camaradas, en el hermoso ardor decañero del muchacho de raza.

—Pobre hombre, pensó él con enternecimiento que lo molestó, e irguióse al instante para ir a su trabajo.

A la mañana siguiente hubo niebla, y Knulp permaneció todo el día en la cama. El doctor le dió algunos libros, que él apenas tocó. Estaba disgustado y oprimido, desde que disfrutaba de atenciones, cuidados, buen lecho y delicado alimento. Presenti más distintamente que antes que su fin se acercaba.

Luego de estar acostado un rato, pensó desazonado que no se levantara nunca más. Poco le quedaba por hacer en la vida. La carretera había perdido para él en los últimos años mucho de su antiguo encanto. Pero no quería morir antes de ver una vez más a Gerbersau y despedirse allí de todo, del río y el puente, de la plaza del mercado y del viejo jardín de su padre, y también de Francisca. Había olvidado a sus últimas amadas, como también al cabo le parecía pequeña y accidental la larga hilera de sus años de peregrinaje, mientras el misterioso tiempo de su infancia cobraba un nuevo esplendor y hechizo.

Observó atento el sencillo cuarto de huéspedes; en muchos años no había vivido en uno tan magnífico. Estudió con objetiva mirada y palpadores dedos la tela de las sábanas, el pálido, incoloro cobertor, las finas fundas de las almohadas. Le interesaron también el piso de madera dura y las fotografías de la pared, que representaban al Palacio de los Dux en Venecia y que estaban encuadradas en mosaico vitreo.

Luego él yació otra vez largo tiempo con los ojos abiertos, sin ver, fatigados y sólo ocupado en la calma que había sucedido en su cuerpo enfermo. Pero de pronto irguióse, se encorvó rápido fuera del lecho y pescó con nerviosos dedos sus botas, examinándolas cuidadosa y expertamente. No eran buenas, pero se estaba en octubre, y podrían aguantar hasta la primera nieve. Y para entonces todo habría terminado. Le vino el pensamiento de pedirle a Machold un par de zapatos viejos. Pero no, sería sospechoso; en el hospital no se necesitan zapatos. Con cautela tanteó el resquebrado sitio debajo del empuje. Si se le engrasaba bien, debía por lo menos conservarse un mes más. La preocupación era superflua; según las apariencias, este viejo par de zapatos debía sobrevivirle y prestar aún servicios cuando él mismo hubiera ya desaparecido de la carretera.

(Continuará)

# Oberón, y Corduras de Urián

Dejarse encajonar en el logro de una profesión, de "dignos" superaciones y trabajos (que son para abusos) he ahí en concreta tela, el desconocimiento y atraso de nuestra existencia histórica; *Oberón frente a Urián!*

El de mirada burlona hacia el dolor o la desdicha ajena, no os irrite nunca. Si supierais cuánto sufrimiento hay tras ella, cuánta caída, que se recrea en esa vengativa mueca. Si imaginarais cuánta impotencia hay en esa "serena ironía", si lo supierais, quizás, llorarais por él, y hasta os daría por ayudarle de una u otra manera.

...Y cuando la noche llegue, y no halle a cada familia en sus casas encerradas, con sus ventanitas de mezquindad, mortecina luz mostrándose a la noche majestuosa. Cuando al llegar las sombras la gente se alegre, entonces, al venir un peregrino, aún cansado y con viento, habrá manos que le saludarán con amor. Y si no pueden confiar en su extraña figura, habrán al menos de respetarle y ayudarle. ¡Entonces sí, será la feria mattutina, entonces sí, se tendrá orgullo de los pájaros, y de vivir los sueños más puros, entonces... gusto tendrá ser peregrino de esta vida maravillosa.

Crucé la calle que mi fiebre hacia vista y oriental, golpée a la verde puerta y... ¡me abrieron! Se acalieron en la noche triste los golpes sucios de tierra y viento, mas mientras yo iba por el largo corredor pensando, ¡léveselo, me dijo el portero, ya que es su amigo!" y mi luz se diluía en la nostálgica de aquel lujo... tan solitario! tan mudo!

Y me dije: Lévalo sí, llévalo por la costa, aunque ya amenace la tormenta, muéstrale los botes y relámpagos! hábale! háblale... aunque sea ¡del canarito del vecino! ve, y recuérdale que hay aún flores y cielos, ¡búscalo pronto en la casa; que él tuvo amor un día y hoy está solo con la soledad. Y fui, y quiso fingir alegría ante mí ¡todavía ese recato pequeño! no podía ser, le enamoré de la franqueza, y tuvo valor de admitir todo su dolor, hablamos y caminamos ¡sabéis hasta dónde? Hasta sorprendernos el sueño rendidos, en un viejo bote, se llamaba... pues... se llamaba, Celestina.

Al otro día, al retozar de las olas, despertamos, qué claros estaban las cumbres, y también las colinas, yo sentí algo tremendo en mi pecho... y mi amigo me dijo "mira se ha borrado el nombre del bote, se lo han cambiado". Yo no pude ver tanto, sólo le dije, "las olas, habrán sido".

"Ver a mi palacio te dije", a él te invité, quería enseñarte, la alegría



'The Dream Ride' de Williams Glackens (1870 - 1939) miembro de "Los ocho", artistas radicales norteamericanos de la pre guerra



(Cedido por ALFAR)

de él, los secretos costosos de la lucha, quería enseñarte a reírte de ti, y a conseguir la dicha sin pagársela a nadie — que no es robarla, sino vencer a ese especulador — diablo cambiante — que por todo se aparece con su tienda de infinitos engaños y apariencias. *Angel San Germán*



## "Palacio de la Mecánica"

Maquinaria agrícola  
nueva y usada

Accesorios y respuestos  
Talleres Mecánicos

**WALTER MARTINEZ**

Ferrería 1186      Tl. 640  
Mercedes

## Fémina S.A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo  
Pídalo en todos los comercios  
4 frutas, avellanas, leche, etc.

## A VIMER

Criadero Avícola del Ing. J. Eduardo  
Correa

Pollitos bebè Rhode Island  
Red de alta postura

Teléfono 919      Mercedes

## Casa ZANATTA

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, artícu-  
los sanitarios, Menaje, Bazar  
Electricidad

FABRICA DE PLUMEROS

Roosevelt 738      Tl. 697

FARMACIA

**FERNANDEZ GENOLET**

Servicio Nocturno permanen-  
te sin alteración da precios

MARELLI

MARELLI

MARELLI

nada mejor en ventiladores  
Ultimos modelos recientemente  
recibidos.

**Italo Mastalli & Cía.**  
Distribuidores

**Lino A. Ferreira Goró**

**ESCRITORIO COMERCIAL**

**Coordina**

**Compra venta campos**

**Cereales y Productos**

**Agrícolas Ganaderos**

**OFICINA:**

**Florencio Sánchez 1193  
Teléfono 437**

**CASA PARTICULAR**

**J. P. Varela 320 — Teléfono 44**

**Mercedes**

**"La Mercedaria"**

**FABRICA DE MOSAICOS**

**de**

**ABELARDO NAVA**

**SARANDI Y FLORENCIO SANCHEZ**

**TELEFONO 490 — MERCEDES**

**CASA PABLO MARTINEZ**

**de**

**Oscar Martínez & Cia.**



**Agentes exclusivos de  
maquinaria MOBILE**



**Telefono 457 — Mercedes**

**Talleres Metalúrgicos,  
Ferretería Agrícola,  
Grasas y aceites  
TEXACO**

**Molinos a viento  
Niquelados,  
Pinturería**

**Luis Broggi  
e Hijo**

**Exposición y Venta:**

**Rodó 835 — UTE 363**